



AB-DEL-MOTRÍ,

6

GUERRAS FRATRICIDAS.

Drama en cinco actos y en verso, por D. Romualdo de Lafuente, para representarse en Madrid el año de 1861.

PERSONAJES.

EL REY D. PEDRO.
AB-DEL-MOTRÍ, *moro, valido del Rey.*
AGENOR DE MAULEON, *caballero francés.*
MUZARON, *su escudero.*
HAFIZ, *moro, confidente de Ab-del.*
UN OFICIAL CASTELLANO.
D. TELLO, *mayordomo del Rey.*
HISEM.
FARFAN, *conserge del castillo.*
OLIVERIO, *oficial inglés.*
DOÑA MARÍA DE PADILLA
ZORaida, *hija de Ab del.*
JUANA, *nodriz de doña María.*
Pajes, escuderos, soldados castellanos y árabes.

Primer acto, en el Alcázar de Sevilla. Segundo y tercero, en Soria. El cuarto y quinto, en un castillo del Rey, á siete leguas de Burgos. Año de 1368.

ACTO PRIMERO.

Salon árabe del Alcázar de Sevilla. Tres puertas practicables al foro.
Dos laterales en segundos términos. Ventana practicable, que dá al jardín, en último término, á la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARÍA, *sentada en un diván;* y JUANA, *entrando por el foro.*

MARÍA. Qué hay, Juana?..
JUANA. Señora, váleme Dios!..
A tan horroroso día,
la noche aumenta el horror.
Está el Alcázar sombrío,
y si se escucha una voz,
páreceme que es el grito
que D. Fadrique exhaló.
El perro fiel, que ha seguido
al infante al panteon,
vá la sangre de su dueño

MARÍA.

esparciendo en derredor.
Con su ahullido lastimero
estremece el corazón,
y parece que venganza
pide al cielo en su dolor.
Calla, Juana; no prosigas
con tan triste relación,
que el grito de D. Fadrique
tambien le esencho aquí yo;
y su sangre derramada
veo en la imaginación,
al través de horrible prisma,
que me llena de terror.
P.éceme que su espectro
se escapa del panteon,
á que en tono amenazante
pide venganza su voz.

JUANA.

Ay! Juana, el remordimiento
nace ya en mi corazón!..
Oh! Quién pudiera al infante
dar la vida que perdió!
De los actos de D. Pedro,
de la céntrica y vilesa señor,
ni ser fiscal ós incumben,
ni sois responsable vos.
Su Rey y su hermano era;
ofensas propias vengó;
del poder que Dios le ha dado,
él dará cuentas á Dios.
Quién puede del Rey D. Pedro
poner diques al furor?..
Pero el llega... (*mirando á la pta derecha.*)

MARÍA.

JUANA.

Vete, Juana.
(Rugiendo viene el leon.)
(*Se va por el foro*)

ESCENA II.

DOÑA MARÍA y D. PEDRO.
PEDRO. (*después de sentarse y observar algunos momentos á doña María.*)
Lágrimas en vuestros ojos,

251128

señora, en este momento,
cuando esperé que el contento
templase vuestros enojos?...
Demandásteis, resentida,
á vuestro mejor amigo
la vida de un enemigo,
y os dió en ofrenda esa vida.
No sufráis, por Dios, quebranto;
si aun otro antojo teneis,
si nueva sangre queréis,
corra, y cese vuestro llanto.

MARÍA.

Sois, señor, harto cruel,
pues con sarcasmo terrible
me dais con mano insensible
la copa de amarga hiel.
Si pude, insensata y loca,
tener celos ó ambicion,
nunca sangre el corazón
os demandó, ni mi boca.

PEDRO.

Así el débil sexo es:
muy ardiente en desear,
tímido al ejecutar,
y arrepentido despues.

MARÍA.

Si sus deseos vehementes
ven por el hombre cumplidos,
con escrúpulos fingidos
quieren mostrarse inocentes...
Por qué, señor, me culpais,
si son testigos los cielos,
que, porque os matan los celos,
á vuestro hermano matais?...

PEDRO.

Pretestad con altiveza,
que no sufristeis baldon
en el preclaro blason
de vuestra angusta nobleza.
De amargos resentimientos
sacad á plaza la historia,
y quizás esa memoria
ahoguen los remordimientos;
y no me culpeis á mí,
que encontrareis mi inocencia
en vuestra propia conciencia:
yo nunca sangre os pedí.

PEDRO.

Será cual decis, señora,
estuve con vos cruel...

(*Ab-del-Motri sale por la puerta del foro y se detiene viendo á doña María.*)

Pero aquí se acerca Ab-del;
dejadnos solos ahora.

AB-DEL.

(*desde el foro.*) Si importuna mi presencia...
(*con sarcasmo.*) Señor, os cedo el lugar.

MARÍA.

Solo le podré ocupar,
señora, por obediencia.
(*Adelantándose y saludando con respeto.*)

PEDRO.

llemos de tratar, Ab-del,
un asunto de importancia.

MARÍA.

(Oír á corta distancia
los consejos del infiel.)
(*Se va por la puerta izquierda.*)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI.

PEDRO.

Hoy, con justicia notoria,
sabes, moro, que he obrado;
pero con sangre he manchado
las páginas de mi historia,
y que, con relato infiel,
aún en el tiempo lejano,
dirán que á inocente hermano

mató D. Pedro el Cruel;
sin que nadie punga dique
á tan injusto criterio,
ni revele el adulterio
que condenó á D. Fadrique.
Me veda el honor dejar
las pruebas de su malicia,
que si abonan mi justicia,
no las puedo declarar.

AB-DEL.

Quién podrá al Rey de Castilla,
señor, culpar de tirano,
porque el trono soberano
lavó de torpe mancha?...

Mas bien los maledicentes
dirán que fué blando el Rey;
que uno solo dió á la ley,
siendo dos los delinquentes;
que ambos á la régia fama
atentaron, y á su nombre,
pero que fué al Rey el hombre
mas temible que la dama.

PEDRO.

Moro, quién, al Rey D. Pedro,
temible ha de parecer?...
Ya debe el mundo saber
que yo por nada me arredro.

AB-DEL.

De una mujer indefensa,
quién osa á la débil vida?
Allá en Medina escondida
llore por siempre mi ofensa.
A pesar de la arrogancia
con que dictais la sentencia,
de su austera penitencia
la librárá el rey de Francia.
Ya sabeis que es su intencion
dar á D. Enrique ayuda,
y en ese apoyo se escuda
doña Blanca de Borbon;
que en el plan que se combina
de hacer guerra á vuestro Estado,
no ha de quedar olvidado
el castillo de Medina;
y en pasando la frontera
el ejército francés,
difícil será despues
guardar vuestra prisionera.

PEDRO.

Y cómo justificar
pudiera luego su muerte?

AB-DEL.

Señor, una prueba fuerte
puede vuestra alteza dar.
Fió D. Fadrique á un paje
la declaracion patente,
que entre el Cezaro corriente
le quitó un moro salvaje.
Bien justifica, señor,
este escrito la venganza:
(*Saca un pergamino.*)
debeis obrar con templanza
con quien hiere vuestro honor?...
No sé cómo vengarán
sus ofensas los cristianos...
O quizá los mahometanos
mas delicados serán;
pero si algun enemigo
así hablára á una sultana,
fuera venganza liviana
su muerte para castigo. (*Lee el pergamino.*)
«Yo no sé lo que me espera,
»si es la prision ó la muerte;
»si no puedo defenderte,
»te adoraré hasta que muera.

»Porque libre ó en prision,
»señora y amiga mia,
»hasta la última agonía
»es tuyo mi corazón.»

(*Le muestra al Rey el escrito*)
Firmado, mirad, «Fadrique.»
De amor ardiente una ofrenda,
no sé yo quién á su prenda
con mas claridad esplique.

PEDRO. Calla, moro, que tu lábio
de furor me vuelve loco;
ya sé que es la muerte poco
castigo para mi agravio.

Pero hago declaracion
con su muerte de mi ofensa,
y quiero que en nube densa
quede envuelto mi baldon.

AB-DEL. Inútil deseo es,
que D. Fadrique dió cuenta
de su amor y vuestra afrenta
á un caballero francés.

PEDRO. Quién ese arcano profundo
encierra en su corazón?

AB-DEL. El conde de Mauleon
le propagará en el mundo.

PEDRO. Y quién es ese hombre, Ab-del?
Dime en qué punto se esconde;
quiero que, matando al conde,
muera el secreto con él.

AB-DEL. Con amistad franca y fina,
aquí acompañó al infante;
mas le creo en este instante
caminando hácia Medina.

PEDRO. Pronto, Ab-del-Motrí, á caballo!...

Llevas mi poder contigo;
parte, y cumple como amigo.
Cumpliré como vasallo.

AB-DEL. (*Ab-del va á retirarse por el foro, y se detiene cuando
oye á doña María, que sale por la puerta izquierda.*)

ESCENA IV.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA y AB-DEL-MOTRÍ.

MARÍA. Detente, moro... Señor,
(*Se arrodilla ante el Rey.*)
revocad vuestra sentencia,
y libertad mi conciencia
de un horrible torcedor.
Mujer amante y celosa,
á la Reina aborrecí;
y se dirá que por mi
matásteis á vuestra esposa.
Temiendo rival tan fuerte,
de Blanca me habré quejado;
y en esta queja fundado,
me culpáreis de su muerte.

PEDRO. Alza, María, del suelo;
conozco tu corazón...
buena ó mala, de esta accion
yo soy responsable al cielo.
Si ambos faltaron al Rey,
justo es que mueran los dos;
que debo dar cuenta á Dios
de la igualdad de mi ley.
Y así no dirá la fama
que, al manchar ambos mi nombre,
(*Mirando con marcada intencion á Ab-del.*)
maté por temible al hombre
dejando impune á la dama...

Es verdad, Ab-del-Motrí,
que esto es obrar en conciencia?
La justicia y la prudencia
os lo aconsejan así.

MARÍA. Oh! Señor, males prolijos
esa muerte causará...
toda su sangre caerá
sobre mí, sobre mis hijos.
Dirán que empujó mi mano
á la vuestra fratricida,
y que yo fui la homicida
de una esposa y de un hermano.
Evitad remordimientos

PEDRO. que atormentan la conciencia:
apartad de mi presencia
esos espectros sangrientos.
Depón el temor y el ruego:
tú de culpa estás exenta;

MARÍA. que su crimen y mi afrenta
verá el mundo en este pliego.
A muerte, D. Pedro, os plugo
á la Reina sentenciar;

PEDRO. pero no podreis hallar
en Castilla su verdugo.

MARÍA. Ya lo he previsto, señora;
por eso busqué un infiel...
Hará el sacrificio Ab-del.

Maldita la raza mora!...
Adios, señor; que me humilla
la vista del mahometano
que debe teñir su mano
en sangre real de Castilla.

(*Se va por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRÍ.

AB-DEL. Siento ver tan rencorosa
conmigo á doña María;
yo, señor, no la creía
tan adicta á vuestra esposa.

PEDRO. Hoy habla la compasion
en su pecho arrepentido;
siempre María ha tenido
generoso corazón.

AB-DEL. Y vos, sumiso á la ley
de caballero galante,
para cumplir como amante
no cumplireis como Rey.

PEDRO. Inútil la resistencia
es á mi resolucion.
Parte al momento á Sidon,
y cúmplase la sentencia.
(*El Rey se va por la derecha del foro.*)

ESCENA VI.

AB-DEL-MOTRÍ.

Sangre me mandas derramar, D. Pedro:
sangre derramaré, yo te lo fio;
que si esclavo obediente me he mostrado
y obedezco tus órdenes sumiso,
es, soberbio leon, porque siguiendo
paso á paso tu huella, he concebido
que en el lazo sutil que te preparo
has de quedar á mi poder cautivo.
De tu sultana sufro los desprecios,
y mi cabeza en tu presencia humillo,
leyendo astuto en la soberbia loca
cuanto habeis en el alma retraído.

La esposa muera hoy... luego la dama...
Traiga Enrique la guerra á tus lominios;
de Zoraida el amor arda en tu pecho,
y entonces, Rey, doblegaré tu brío.
(*Se acerca á la ventana.*)

Qué vas!... Es el Rey!... Si; de mi Zoraida
pretende acaso entrar en el recinto!...
Parado está al dintel, y hacia sus regas
fulmina en su mirar rayos lascivos.
Arda en tu corazón el fuego intenso
de amorosa pasión, que yo te fio
que si nunca has de ser de mi Zoraida
te ha de costar un trono el conseguirlo.
Oh! grande Alá!... Tú ayudas mis deseos:
á la Padilla en su ventana miro,
que cual celoso tigre está velando
del veleidoso amante los desiguos!...
Guerra en tu Alcázar, y en tus pueblos guerra...
Mi consejo y mi esfuerzo irá contigo;
á tu amor otro amor pongo en campaña,
y al pueblo nazareno, el pueblo mío.
La Francia á D. Enrique presta ayuda,
y el inglés á D. Pedro sabrá unido;
se amenguarán las fuerzas una á otra,
y el árabe despues vendrá en mi auxilio.

ESCENA VII.

AB-DEL-MOTRI y HAFIZ, *que sale por el foro izquierda.*

HAF. Señor, la favorita de D. Pedro
espera que la otorgués tu permiso
para ver á Zoraida.

AB. Hafiz, qué dices?...
No sabes que vedada aun al Rey mismo
está la entrada al pabellon sagrado!...

HAF. Eso mismo, señor, he respondido;
pero insiste furiosa en su demanda.
Dime si á su poder cedo ó resisto.

(*Después de una pausa.*)

AB. Di á esa altiva cristiana, que la espero;
y á Zoraida dirás, que he concedido
á la mas alta dama de palacio
que admire su nobleza y sus hechizos;
que aconseja la rigida etiqueta
recibir la visita en este sitio.

Tú la acompañarás, y con tu gente
guardarás los cercanos pasadizos.
Ninguno aquí ha de entrar.

HAF. Ni el Rey?

AB. Yo voy á verle ahora, que es preciso
de Sevilla partir, y su real venia
debo obtener cual obediente súbdito.
Harás que la litera este dispuesta,
pues Zoraida, cual siempre, ha de seguirnos,
y la escolta tambien. Árabes solo;
árabes nada mas...

HAF. Seréis servido. (*Se vá*)

ESCENA VIII.

AB-DEL-MOTRI.

AB. Insiste en ver á su rival!... Comprenda...
Querrá medir prudente su peligro.
verá un coloso entorpecer su marcha
y empleará su esfuerzo en destruirlo.
Y lo podrá lograr?... No; es castellana:
alta á su corazón velo sombrío,
y ha de arrojar al lábio la soberbia
los planes que su astucia ha concebido.

Ella pretende conocer el fuerte
que opone á su poder el enemigo...
Si el exterior la cede mi política,
la máquina está aquí de su esterminio.

(*Señalando á su frente.*)

Hoy me toca ceder; fuera imprudencia
irritar su altivez, que aun no ha perdido
el favor de su dueño, y me conviene
demostrar mi humildad á su albedrío.
(*Entra doña Maria por el foro izquierda.*)

ESCENA IX.

DOÑA MARIA, AB-DEL-MOTRI.

MAR. Moro, eres tú quien mi atencion reclama?..

Pretende disculpar tu lábio impio
la rebeldia con que tus esclavos
mi deseo cortés han resistido?..

AB. Perdonadme, señora; siempre esquivas
os vé con el vuestro mejor amigo.
Yo nunca os ofendi; mas bien constante
en favor vuestro empleo mis servicios.
Sois de mi Rey el dueño idolatrado,
y yo á mi Rey y á vos siempre adherido,
al tálamo y al trono he de elevaros
sin tropezar en legal camino.

MAR. Pero al tocar el tálamo y el trono,
uno y otro hallare con sangre tintos.

AB. Qué, fuisteis vos, ó fueron leyes justas
las que esa impura sangre habrán vertido?..

Sea feliz D. Pedro á vuestro lado;
haced felices vuestros caros hijos;
y librad á la patria de ambiciones,
matando sus bastardos enemigos.

MAR. (Será sincero de este moro el láio?..)
Hablemos del asunto á que he venido.
A esa hija que tenéis, tan recatada,
deseo conocer.

AB. Gracias os rindo
por tan grande bondad; y ya he mandado
á Zoraida venir hácia este sitio,
para que solo á vos pueda ofrecerse,
y agradecer humilde este cumplido.
Muy poco tiempo concederla puedo,
porque partir en breve necesito
en servicio del Rey.

MAR. Cómo, y os sigue?..

AB. Zoraida á todas partes vá conmigo.
(*Zoraida llega á la puerta del centro del foro, acompañada de Hafiz, que se retira en cuanto Ab-del llega á recibirla.*)

ESCENA X.

DOÑA MARIA, ZORAIDA, AB-DEL-MOTRI.

ZOR. Vengo á cumplir las órdenes que has dado;
di lo que debo hacer, pues imagino
que sucesos extraños te obligaron
á sacarme, señor, de mi retiro.

AB. Perdoname, hija mía; no son órdenes;
solo rogarte puede mi cariño,
y al ruego de tu padre cede ruego,
amante y complaciente ha acudido.
Esta señora, á quien respetos debo,
quiere ofrecer á la hija de su amigo
afectuosa amistad, que gratamente
saldrá acoger tu corazón benigno.
Que lazo fraternal por siempre os una!...
Así del grande Alá lo solicito;
ya que al formarnos, tan preciosas dotes

pa...igo entre las dos ha repartido.
Vamos pronto á partir; solas os dejo;
el corto tiempo os sea tan propicio,
que en sus áuras de tierna simpatía
dejaros quiera el corazón mecido!
(Se va por la izquierda del foro.)

ESCENA XI.

DOÑA MARÍA, ZORAIDA.

MARÍA. Si animada os hallo á vos,
como á vuestro padre, creo
á ir de la amistad en pos
que ha de uniros á las dos,
pagais así mi deseo.
Tan pura, jóven y bella,
despertais mi simpatía,
cuando por honda querella
de vos, contraria mi estrella,
sin conoceros, me hacia.
Sí, Zoraida, perdonad
que con franqueza os lo diga:
temiendo en rivalidad
celos de vuestra beldad,
os miré como enemiga.
ZORAIDA. Celos!... De quién, nazarena?...
Pues qué, es acaso el galán
que en ti causa tanta pena,
el que á mi el alma me llena
de amor y angustioso afán?...
Es por ventura el guerrero
de mas apuesto talante,
ese marcial caballero,
á quien dió Marte su acero
al par que amor el semblante?...
MARÍA. Musulmana, pronto, el nombre.
del que así tu lábio alaba.
ZORAIDA. Para que mi amor te asombre,
no sé la estirpe del hombre
de quien me declaro esclava;
que basta su gentileza,
su frente y sus ojos ver,
radiando en noble franqueza,
para mostrar la nobleza
que el alma debe tener.
MARÍA. Rayos de Dios sobre ti!...
Es el Rey!... Temé mi señal...
Noble, amante y bravo, sí!...
Mas galán no hay otro aquí,
ni mas valiente en campaña.
Robarme quiere su amor:
Ab-del con amor mas fuerte,
y astuto, maquinador,
para vivir sin temor
dará á la Reina la muerte.
Mucho anhelas, musulmana!...
Muy alta tu ambición brilla;
que hay puesta una castellana
entre esa trama villana
y el trono real de Castilla.
ZORAIDA. Nunca ha cedido á la ley
del interés mi pasión...
ni es de castellana grey
mi amante, ni ha sido rey
mas que aquí, en mi corazón.
Nació en Francia; allí leal
fué de D. Fadrique amigo;
llámole este á Portugal,
y llegó el día fatal
de aquel mensaje enemigo.

Fué mi padre embajador
del noble Rey castellano...
Prendió al infante traidor,
en tanto que en mi el amor
clavaba el dardo tirano.
Cómo penetró en la tienda
en que estuve vigilada,
no lo sé, porque no hay prenda
á que un musulmán se venda,
cuando á ellos voy entregada.
Pero, señora, le vi
postrado á mis pies de hijos;
quise huirle, y me sentí
como encadenada allí
por la fuerza de sus ojos.
Besó mi mano, y el beso
fuego inoculó en mis venas,
y en el corazón opreso,
se quedó el semblante impreso
del autor de mis cadenas.
Al despedirse, juró
volver á verme y hablarme,
aquí al infante siguió;
mas ya el infante murió,
y él tendrá que abandonarme.
Esta, señora, es la historia
del solo amor de mi vida;
y ella vive en mi memoria,
como esperanza de gloria,
que guarda el alma escudada.

MARÍA. Jóven candorosa y bella,
abrazas, abrazas á tu amiga!...
Quizá necesites de ella
para esclarecer la huella
por donde tu amante siga.
La avaricia y la licencia
con sus poderosos brazos
emplean su omnipotencia,
en corromper tu inocencia,
para hacer tu honor pedazos.
Zoraida, triste es la suerte
que me es forzoso anunciarte:
tu padre quiere venderte
al Rey, que ha de poseerte,
y que nunca podrá amarte.
ZORAIDA. Venderme á mí!... Si leyeras,
cristiana, en mi corazón,
tal pronóstico no hicieras;
que inaccesible le vieras
á la venal seducción.
En su escudo de diamante,
pura y sola brillaría
la memoria de mi amante,
porque no hay poder bastante
á robarle al alma mía.
Yo desafío el rigor
de esa poderosa ley,
que quiere eclipsar mi honor;
y ha de asustar mi valor
á un tiempo al padre y al Rey.
MARÍA. Oh! Sublime corazón,
dónde solo caber pudo
libre y amante pasión;
admite mi protección:
mi amistad será tu escudo!
Y si un peligro inminente
te amenaza, mira allá
de tu pabellón al frente
(La lleva á la ventana, mostrándole un objeto.)
mi morada: horás patente

la seña, y...
 ZORAIDA. (*Mirando con ansiedad al jardín.*)
 Valgame Alá!...

MARÍA. Qué temes?...
 ZORAIDA. En la espesura
 del jardín, entre el abrojo,
 no ves allí una armadura,
 y la luz que ella fulgura
 teñir su penacho rojo?...
 (*Observan las dos con ansiedad*)

MARÍA. Un guerrero vigilante
 se oculta con diligencia...
 ZORAIDA. Observa!.. Busca anhelante!..
 Ese, cristiana, es mi amante!..
 (*Gritando y haciendo señas con su pañuelo*)
 Aquí!... Aquí!...

MARÍA. (*Conteniendo la voz*) Ten prudencia!
 ZORAIDA. Oh! Cristiana, qué ventura!...
 Me conoce, y corre aquí!...

MARÍA. Di mas bien que tu locura
 le da una muerte segura
 á manos de Ab-del-Motri.
 De tu padre la llegada
 ire, Zoraida, á evitar.
 La salida esta cerrada;
 si por aquí logra entrada,
 (*Señalando á la ventana.*)
 también se podrá salvar.
 (*Se va doña María por el foro, cerrando tras sí la puerta.*)

ESCENA XII.

ZORAIDA (*en la ventana.*)

Mas que avecilla ligera,
 trepando por la enramada,
 de su armadura pesada
 haciendo luna ligera,
 salvando ya la palmera
 con admirable vigor,
 se acerca... Tanto valor
 premiaré, y tan fuerte brío...
 (*Agenor salta por la ventana.*)
 Llega á mis brazos, bien mío!...

AGENOR. Bendita seas, mi amor!..
 (*Se abrazan, y después de un momento de pausa,*
avanzan al proscenio.)

ESCENA XIII.

ZORAIDA, AGENOR.

ZORAIDA. Yo esperaba tu venida,
 á pesar de que ignoraba
 el lugar que recataba
 la amante luz de mi vida.

AGENOR. Y vo, creyendo perdida
 del rumbo tuyo la huella,
 maldiciendo iba la estrella
 que guiaba mi camino,
 cuando errante peregrino
 me apartaba de mi bella.
 Ya estoy, Zoraida, á tu lado,
 y seré otra vez dichoso
 si repites, dueño hermoso,
 el amor que me has jurado..
 Me amas, di?...
 ZORAIDA. Tú lo has dudado?..
 Dime qué prueba mas fuerte;
 enséñame de qué suerte

puedo mostrar mi pasión,
 si te he dado el corazón
 aun antes de conocerte?
 Noble ó plebeyo, te amé
 desde el punto en que te vi...
 Me amas tú tambien así,
 con tan pura y tierna fe?
 Sabes cuan espuesto fué
 llegar á hablarte y á verte,
 y que una probable muerte
 en esa empresa arriesgaba;
 mas la vida me pesaba
 con el dolor de perderte.
 Soy francés; en Mauleon,
 hijo del amor, nací;
 y nunca el beso sentí
 de la paternal pasión.
 Ilustre heredé un blason,
 que por templar mis enojos,
 ó tal vez como despojos
 me legaron. Y mi vida
 nunca en amor fué mecida
 hasta que se hirió en tus ojos.
 Llevo del pueblo natal
 noble título y renombre,
 y de Agenor tomé el nombre
 en la pila bautismal.
 Mi sino, siempre fatal,
 me hizo bastardo nacer;
 pero yo he de ennoblecer
 mi blason sobre la tierra;
 que en lides de amor y guerra
 firme y constante he de ser.

ZORAIDA. Fué el título, tu valor,
 que conocía de ti,
 cuando el corazón te di,
 y ahora me asusta, Agenor.
 Llena el alma de tu amor,
 se atemoriza y aterra
 al nombre de infausta guerra;
 que te quiere mi ambición,
 para premiar la pasión
 que aquí, en el alma, se encierra.

AGENOR. Quieres que suelte el acero
 que esgrimo contra tu padre?...
 Es razón que no te cuadre
 un enemigo guerrero!..
 Le aborrezco, porque fiero
 fué asesino del infante;
 porque te veo constante,
 en centinela prolija,
 no cual guarda de su hijo,
 sino cual celoso amante.
 Zoraida, di, por los cielos,
 es tu padre Ab-del-Motri?...
 Que un padre no puede así
 causar á un amante celos!...

ZORAIDA. No sé si justos recelos
 te hace el alma alimentar;
 solo puedo recordar
 que conocí niña á ese hombre,
 que de padre me dió el nombre;
 mas nunca le pude amar.

AGENOR. Quizá severo contigo!...

ZORAIDA. No; que mi menor deseo,
 cual orden cumplirse veo,
 y complaciente conmigo
 fué siempre y sumiso amigo.
 Su pensamiento y sus ojos

leyendo van mis antojos;
no sé el afán que le guía;
mas su ternura sombría
miedo me causa y enojos.
Escucha: cuando en mi estancia
le veo, como una sombra,
tocando apenas la alfombra
su exquisita vigilancia;
sin reparar que mi infancia
ha medido tiernamente,
preocupada mi mente,
tiembla el alma pavorosa,
y una impresión horrorosa
causa su beso en mi frente.
Por evitar mi disgusto,
finjo dormir, y entrecierlos
mis ojos velan despiertos,
siempre con recelo injusto...
De qué diáfana ese susto,
ni por qué debo temblar
al hombre que á dominar
he llegado con imperio? ..
No comprendo este misterio,
ni me lo puedo explicar!...
Cuando lijo con empeño
sobre él mi altiva mirada,
la fiera suya, humillada
ante mi fuerza domoño;
si esquivo le muestro el ceño,
pálida y mística su frente,
doblega sumisamente...
Si yo le causo terror,
cómo ha de darte temor
á tí, tan noble y valiente?...

AGENOR. Miedo á mí?... Por tí, amor mío,
nacer pudo mi recelo.

ZORAIDA. Tanto me amas?...
AGENOR. Nunca el cielo

grabó en mi pecho sombrío
otro amor, y siempre frío
á tan sublime pasión
permaneció el corazón,
porque hallarte no podía,
aunque ya creado había
tu imagen en mi ilusión.
Quieres pruebas de mi amor?...
Cuanto en este mundo aprecio,
por tí abandono y desprecio;
todo!... menos el honor.

ZORAIDA. Yo sacrificio mayor
te ofrezco á tí, dueño amado;
y hasta el Dios que he adorado
te sacrifico también;
pues no mereces, mi bien,
sacrificio limitado.

AGENOR. Oh! Bella perla de Oriente!
guarda tu honra y tu Dios,
hasta que al mundo los dos
nos mostremos libremente.
Las mujeres de Occidente,
no esclavas son de un haren;
que idolatradas se ven,
cual tú lo serás por mí...
Abandona á Ab-del-Motri,
y adora al Dios de Belen.
ZORAIDA. Ese es mi mayor anhelo;
que el Dios que ama mi Agenor
debe ser el Dios mejor;
debe ser el rey del cielo.
AGENOR. Pues ya el sevillano suelo

es forzoso abandonar...
Tienes valor?...

ZORAIDA. Preguntar
puedes eso á quien te adora?...
AGENOR. Ven á mis brazos!... Ahora,
vamos el muro á salvar.

(La toma en sus brazos, cuando lo dice el verso, y se dirige con ella á la ventana; pero al tiempo de ir á saltar, se abre la puerta del foro y se presenta Ab-del-Motri.)

ESCENA XIV.

ZORAIDA, AGENOR, AB-DEL-MOTRI.

AB. Zoraida! (Da un paso hácia ellos, se detiene y desnuda su puñal. Zoraida, desasida rápidamente de los brazos de Agenor, hace caer la visera de su casco, en tanto que él desnuda la espada. Zoraida se interpone entre los dos con tan firme apostura, que parezca desafiar la cólera del moro, que, con semblante abatido y dejando caer los brazos, medita su venganza. Momento de pausa.)
ZOR. Zoraida soy, señor; contra tu hija la mano vibre tu puñal tremendo; mas la venganza quedará incompleta, porque él desprecia tu furor, sin miedo.

(Señalando á Agenor.)
AB. Tú defiendes á ese perro francés!...
Una hija del profeta!... Oh! Vilipendio.
(Agenor da un paso amenazador, que contiene Zoraida estendiendo su brazo.)

ZOR. Tente, Agenor; invulnerable y fuerte ante él te ves, con superior esfuerzo; si herirle debes, sea en lid honrosa, y que no sea en mi presencia al menos. Sal de este Alcázar, ya que no ha querido la suerte coronar nuestros deseos. Esperanza y amor nos acompañen, y premiará nuestra constancia el cielo.
AB. (Está armado, y es fuerte... Invulnerable!... Oh, imbéciles!... Ahora vais á verlo!)

(Hace sonar un agudo silbido, y acude precipitadamente Hafiz con una guardia de moros, armados de luchas y cimitarras.)

AGE. Ah! Perros descreídos, dad un paso, si os atreveis, que á todos os espero.
AB. Muera el cristiano, Hafiz!...

HAFIZ Y LOS MOROS. Muera!...
(Zoraida se interpone entre Agenor y los moros.)
ZOR. No temas, Agenor... Moros, teneos!...

Padre y señor, escucha: haz que el cristiano salga ileso de aquí... lo oyes?... Lo quiero!... Desgraciado de tí, si por tu causa á su cabeza falta ni un cabello!

AB. Pero amas tú, Zoraida, á ese cristiano?...

ZOR. Le amo, sí, con un amor supremo.

AB. Pues esa es la sentencia de su muerte!... Heridle, moros!... (El alza su puñal, y los otros avanzan; pero Zoraida les contiene.)

ZOR. No oiste que yo quiero.
que de aquí salga ahora, en este instante?...

Repetir necesito mi deseo?...

AB. Matadle sin piedad!... Obedecedme!

AGE. Llegad, si os atreveis!...

ZOR. (Deten tu acero, que al tigre domaré.) Si un solo paso dá, Ab-del-Motri, tu guardia, aquí penetro de este puñal el acerado filo, y en tu presencia romperé mi pecho.

(Zoraida ha sacado de su cintura un puñal, que apoya sobre su corazón. — Ab-del se arrodilla, y suplicante,

demuestra su timidez. Luego se dirige á los moros)

Ab. Zoraida, por piedad!... Mirad vosotros!

Zor. Arroja tu puñal, y que tus suegros
se alejen de este sitio. *(Ab-del, obaleec, y los moros su orden)*

Ab. Retiraos!...

(Los moros se van por el foro; Zoraida tiende una mirada majestuosa por la escena, satisfecha de ser obedecida, y luego se dirige á Agenor.)

Zor. Abázame, y adiós, amado dueño!

AGE. No me sigues, Zoraida?..

Zor. No conoces
que el que puso en salvarme tanto empeño,
me matará primero que perderme?...
Para salvar tu vida, aquí me quedo.

AGE. Me amarás siempre?..

Zor. Ves del sol los rayos
brillantes alumbrar el hemisferio?...

AGE. Si, sí: qué hermosos!... Oh!...

Zor. Pues estinguido

primero que mi amor verás su fuego.

Ahora, Agenor, Adiós!...

AGE. Adiós, Zoraida!...

(La besa la mano, y salta por la ventana.)

Ab. Oh! Yo, cristiano, atajaré tu vuelo!...

(Zoraida hace una seña imperiosa. Ab-del recoge su puñal y la sigue por el foro)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Salon régio del Alcázar de Soria. Puerta practicable al foro. Ventana á la derecha, en ultimo termino. Puerta á la izquierda, en segundo termino, que indique por sus colgaduras y adornos dar paso á la habitación del Rey. Muebles de lujo, al gusto de la época, y entre ellos el sillón real con las armas de Castilla.

ESCENA PRIMERA.

Ab-del-Motri, y Hafiz.

Hafiz. Espero, señor, tus órdenes.

Ab-DEL. Tu deber es vigilar...

Solo en tí confío, Hafiz;
mereces bien mi amistad;
que yo nunca descansara
sin un guarda tan leal.
Solo en los mahometanos
Hafiz, debemos fiar,
que tiene pocos parciales
D. Pedro en la cristiandad.

Hafiz. Es cierto, señor; yo vi
en Calahorra aclamar
por su rey á D. Enrique
con júbilo general.

Cuando llegué, mensajero
á brindarle con la paz,
el infante, desdenoso,
no me quiso contestar;
y el condestable francés
con arrogante ademán,
y amenazador, me dijo
a Búrgos podéis tornar;
y decid á vuestro amo
que en Búrgos se tratará
de esa paz que nos propone;
pero debéis galopar
si queréis llegar primero
que los que el aviso os den.

Ab-DEL. Ese Beltrán Duguesclin,

de tanta temeridad,
con su invencible renombre
al fin se vendrá á enredar
en el lazo que le tienda
la astucia de un musulmán;
que no siempre la fortuna
á la audacia ha de premiar.

Hafiz.

Lo cierto es que la amenaza
vinos cumplir de Beltrán;
que á Búrgos llegó el infante,
y el Rey dejó la ciudad.

Ab-DEL.

Quise yo que la dejara;
que Búrgos poblada está
de fanaticos cristianos
que odian la raza oriental.
Ahora, el principe de Gales,
con sus bretones nos da
gran refuerzo, y la victoria
podemos asegurar.

Si las sienes del infante
ya coronadas están,
en Calahorra y en Búrgos,
qué mas puedo desear?...

Le haremos de sus conquistas
una abdicacion legal,
y así la sangrienta lucha
lograremos evitar.

Hafiz.

Y á sus pueblos castellanos
D. Pedro renunciará

Ab-DEL.

Eso... despues lo veremos...

En prueba de lealtad,
reconociendo el infante,
sin dula á Soria vendrá
á dar gracias á D. Pedro
y su real mano á besar.
Arrodillado ante el trono...
es entonces natural,
que si inclina la cerviz...
haga el hacha lo demás.

Si D. Enrique fallece,
la guerra concluirá,
y los pueblos darán gracias
por haber vuelto á la paz.

Hafiz.

Oh! Señor, digno de vos
es tan magnifico plan;
pero sin guerra, los árabes
podrán la España pisar?...

Ab-DEL.

Sí; porque los españoles
verán con odiosidad
á D. Pedro, y en nosotros
su poder apoyará.

D. Fadrique y don Blanca
ya no pueden estorbar;
en muriendo D. Enrique,
poco estorbo es lo demás.

A los crímenes del Rey,
unido va el musulmán;
á su triunfante poder
unido tambien irá.

Importa, Hafiz, que á D. Pedro
no puedan nunca llegar
mensajeros de Sevilla,
donde la Padilla está.

Hafiz.

Desde el último que pude
en Segovia aprisionar,
ninguno se ha presentado.
Hafiz, ¿verá?...

Ab-DEL.

Hafiz.

Desconfiad.

(Hafiz saluda y se va por el foro.)

E-CENA II.

AB DEL-MOTRI.

AB. D. Pedro... será el Rey?... *(reflexionando.)*
No... La diadema cenirá esplendente;
pero yo, dictador, daré la ley
que ha de acatar su coronada frente
La fuerza será mía;
y mientras él sonría,
en el deleite del amor ufano,
yo elevaré el cimiento,
que al árabe sostenga el régio asiento
sobre el hundido trono castellano.
(D. Pedro sale por la puerta izquierda.)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI.

PED. Qué noticias, Ab-del, has adquirido
del bastardo que causa mi desvelo?...
AB. Calmad vuestro recelo;
que quien os ha servido
con su fidelidad siempre constante,
hoy vuestro sueño guarda vigilante.
En Búrgos permanece,
sobre ficticio lecho de laureles,
y en las áuras se mece
de sus patricios neles,
creyendo que merece,
por despojo alcanzado a vuestra alteza,
que Búrgos orne su real cabecera.

(Un momento de pausa en que demuestra reflexionar.)

PED. Ab-del, y de Sevilla?...
No puedes darme alguna nueva grata?...

AB. No hay ninguna, señor.

PED. También ingrato;
también infiel conmigo la Padilla...
Tú lo crees, Ab-del?...

AB. El dictado de infiel,
no mas, señor, en vuestro lábio cabe;
pero al mío, discreto,
solo acatarla toca con respeto,
y no lanzarla acusacion tan grave.
Con vuestra pena vá la pena mía,
y no os puedo aliviar el padecer!...
Quién en amor se fia
de una débil mujer? ...
Quién se encadena al pasajero hechizo
de ese frívolo ser antojadizo!...

PED. Oh! Perverso fuera
su corazón, y a este,
si al olvido diera
que á mi pecho debe
la pasión tan fiera,
en cuyas aras ofreció mi mano
la vida de una esposa y de un hermano.

AB. La ambición femenil todo lo abona:
doña María ansiaba una corona,
quizás habrá escuchado
el rumor de que estabais destronado...

PED. Ab-del!...

AB. Perdonad que os replique
lo mismo que ya os dije en aquel día,
en que á Coimbra, la obediencia mía,
foé contra el malogrado D. Fadrique.

PED. Silencio, Ab-del-Motri!...

AB. Vos sois testigo de la resistencia
que opuso á ese mandato mi conciencia,
y que por vos cumplí...

PED. Su crimen le mató; no fué María.

AB. Pero sin ella el Rey lo ignoraría.

PED. Amor la hizo celosa!...

AB. No son pruebas de amor siempre los celos...

Vos no amásteis, señor, á vuestra esposa,
y el amor propio os inspiró recelos.

(Por el exterior de la ventana se oyen lejanos y melancólicos sonidos de la guala de Zoraida que acompaña la canción siguiente.)

En el valle, en la pradera,
ó en el suntuoso salón,
en mi la tristeza impera,
sin que la paz placentera
recobre mi corazón.

La esperanza es el tormento
que prolonga mi agonía;
y en tan cruel sufrimiento,
un tóbago pensamiento
aumenta la pena mía.

PED. Es Zoraida?...

AB. Sí, señor.

PED. Ab-del, tu hija!...

AB. Mi amor!...

PED. O es, acaso, tu esclava favorita?...

AB. Bájala yo mi frente
ante una hija tan humilde mente?...
Diera á una esclava adoracion bendita!...

PED. Quién es, entonces, di, moro taimado?...

Quieres burlarte del afán que siento?...

(Ab-del se inclina y guarda silencio.)

Responde!...

AB. No tengo atrevimiento...

PED. Pues ella le tendrá... *(Va á salir por el foro, Ab-del se interpone, arrodillándose delante del Rey.)*

AB. Señor!...

PED. Malvado!...

(Tratando de apartarle.)

Tu resistencia en mi poder se estrella!...

Yo soy el amo aquí; yo iré por ella.

AB. Señor: tened en cuenta
que es Zoraida muy noble y elevada;
nunca esperas que en su baldón consienta;
que antes muerta será que profanada...
Os lo juro, señor!

PED. Qué, moro, con mi amor,
sus preclaros blasones se mancharán? ...
Si esposas he tenido,
que de régias estirpes han nacido,
danzas tuve que al trono se igualaran.

(Ab-del se levanta.)

AB. Escasas son, señor, vuestras medidas,
si igualar á Zoraida habeis querido
con las prendas perdidas;
que Zoraida ha nacido,
en linea del profeta dimanada,
hija de Mahomet, rey de Granada.
Ya, señor, lo sabeis,
y espero respeteis
la virginal aurora
en que brillar la veis,
en pago á aquella sangre derramada

PED. Hija de Mahomet!... Oh! Desgraciada!

AB. A quien diez años hace asesinaron
vuestros secuaces, que á saqueo entraron
en su alcázar sagrado! ...

Fui su amigo leal; fui su privado,
y á Zoraida salvé de vuestra gente.

Desde entonces, por p dre me ha tenido;
desde entonces, sumiso os he servido;
premiad, señor, mi lealtad, clemente!

PED. Sabes que la amo, moro?...
 AB. Yo esa pasión, D. Pedro, no acrimino,
 si vá de la virtud por el camino.
 Habladla con decoro,
 y pues noble es su sangre, cual la vuestra,
 de puro y tierno amor dad una muestra.
 Sois jóven, arrogante...
 Cómo ese amor Zoraida repeliera?...
 Tan difícil sería al regio amante
 herir un alma por la vez primera?...

PED. Nunca su amor divino
 daría al asesino,
 que verá en mí, de su difunto padre:
 jamás será dichoso;
 que el recuerdo del hecho doloroso
 su corazón es fuerza que taladre.
 AB. Ella ignora, señor, tan triste historia,
 que no vendo jamás al amo mío...
 Solo sabe de vos el poderio;
 solo la hablé de vuestra escelsa gloria.
 PED. Gracias, mi buen Ab-del... Yo voy á hablarla,
 y juro, por mi nombre, respetarla.
 (D. Pedro se va por el foro, á la derecha.)

ESCENA IV.

AB DEL-MOTRI.

AB. Sí, la respetaré;
 y si logra su amor herir tu pecho,
 la corona á sus plantas postrarás
 al reclinarte frente en nupcial lecho.
 Si ciego en tus amores,
 no ves entre sus flores
 el lazo que te dejo preparado,
 triunfante el moro,
 á su vencido Rey, en jaula de oro,
 guardará dignamente prisionero.
 (Oficial sale por el foro, derecha.)

ESCENA V.

AB-DEL-MOTRI. OFICIAL.

OFI. Un guerrero que trae una embajada,
 para hablar con el Rey licencia pide.
 (Ab del reflexiona.)
 AB. (Y el Rey!...) (Un momento de pausa.)
 OFI. Señor, decide
 si debo darle entrada.
 AB. De dónde... y con quién viene ese guerrero?...
 OFI. De Búrgos. Con su paje, y escudero.
 AB. De Búrgos, enviado?
 OFI. Así, señor, anuncia su embajada.
 AB. (Cómo Hafiz ha dejado
 mi órden olvidada?...)
 Traedle bien guardado,
 que yo al Rey entre tanto daré aviso.
 (El oficial saluda y se va.)

ESCENA VI.

AB DEL-MOTRI.

AB. Alejar á D. Pedro es ya preciso:
 este camino es fuerza que le ataje,
 y así el primero escucharé el mensaje.
 (Desconfiando.)
 Acaso de Sevilla,
 con disfraces le manda la Padilla!...
 Su ardor descubrirá mi vigiancia,
 que guerra esa cristiana me ha jurado,
 y guerra á su poder he declarado,

que he de humillar su orgullo y arrogancia.
 (Ab-del se va por el foro, á su derecha. Pocos momentos después, por la parte opuesta, salen Agenor, doña María, disfrazada de paje Muzaron, oficial y guardias.)

ESCENA VII.

AGENOR, DOÑA MARÍA, MUZARON, OFICIAL y guardias.

OFICIAL. Podeis descansar aquí,
 y mandad lo que os convenga:
 yo os serviré hasta que venga
 el ministro Ab-del-Motri.
 AGENOR. No vengo buscando yo
 hombres de tan baja ley:
 mi embajada es para el Rey;
 para su ministro, no.
 OFICIAL. Caballero, como veis,
 divisa militar llevo;
 yo cumplo aquí como debo,
 cumplid vos como debeis.
 (El oficial coloca dos centinelas en la parte exterior de la puerta del foro, y se retira con los soldados.)

ESCENA VIII.

Los de la anterior, menos el OFICIAL y los soldados.

MARÍA. El moro vá á recibirnos?...
 MUZARON. Y á colgarnos, voto á bríos!...
 por engañadora, y por cubrios;
 y á nosotros, por cubrios;
 que fué donosa ocurrencia
 la de mi amo, el consentir...
 AGENOR. Muzaron!...
 MUZARON. Nada... morir...
 callar y tener paciencia.
 (Se retira á un lado, y se sienta en un sillón, recti-
 ficando la cabeza sobre el pomo de la espada.)
 MARÍA. Creo que de este favor
 vos no estareis pesados?...
 AGENOR. No, si hallais á vuestro esposo
 sin otro riesgo mayor;
 que esposa y enamorada,
 ausente del bien amado,
 no os habrá, ingrato, dejado
 á vuestro llanto entregada.
 MARÍA. Si; llanto de indignación
 me hizo verter ese moro
 que del hombre á quien adoro
 me aleja con precaución.
 Nadie en Soria puede entrar
 sin que Ab-del-Motri lo mande;
 y aun vos, con misen tan grande,
 temo que al Rey no hais de hablar;
 que amigo de gran valor
 es para el Rey mi marido,
 y ha interceptado el válido
 los mensajes de mi amor.
 AGENOR. Descuidad; yo le he de ver,
 que hoy ya vencido se mira,
 y ambos temerán la ira
 del que me dió su poder.
 MARÍA. Vencido decid!...
 AGENOR. Señora,
 no sabéis que en su lugar
 se hizo Enrique coronar,
 y que Castilla le adora?
 D. Pedro se precipita;
 le abandonan sus guerreros;

le engañan sus consejeros;
le vende su favorita...
MARÍA. Qué favorita?... Esa mora?...
AGENOR. Qué mora?...
MARÍA. Esa acusacion,
pensé que hacia alusion
á la inhiel que el Rey adora...
La hija de Ab del-Motri...
Zoraida!...

AGENOR. La conocéis?...
MARÍA. Su imagen vive en mi pecho!..
AGENOR. Pues pronto en el régio lecho
á vuestra amiga vereis.
MARÍA. Señora, tened la lengua;
y si quereis mi amistad,
á Zoraida respetad,
que no merece tal mengua.
MARÍA. Es que fuera ingrata amiga
y esa amistad no pagara,
si hipócrita recatara
lo que ya es fuerza que os diga.
Y de gratitud la ley
me arranca esta confesion,
cuando amplia declaracion
hizo de su dama el Rey.
Cual galan de fino porte,
siempre al pié de su litera,
la custodia en la carrera,
ó la festeja en la corte.

AGENOR. Señora, por compasion,
callad, que me estais matando
con eros que van clavando
dardos en mi corazon.

MARÍA. Acaso, anais á esa mora?...
AGENOR. La idolotro!
MARÍA. Amiga ingrata!..
AGENOR. Forzo lo hizo la ata
lejos del hombre que adora;
que Ab-del, para que se tuerza
de amor la creciente huella,
habrá empleado con ella
toda su iniaia á su fuerza.

MARÍA. Oh! Si; el moro es un malvado,
fatal al Rey y á Castilla.

AGENOR. El querrá de la Padilla
ver el poder derribado;
que su privanza real
nadie consiente al nivel,
y hace á D. Pedro cruel
con los que teme á su igual.

MARÍA. Creéis que á doña Maria
podrá Ab-del-Motri vencer?...

AGENOR. Cómo una débil mujer
al moro resistiria?...
O contra una cortesana
se mostrara menos fuerte,
el que dió inhumana muerte
á la reina castellana?...
No: no tendrá compasion;
y, si antes hirió tirano,
lavarse querrá la mano
con sangre de expiacion.

MARÍA. Doña Maria recusa
tener faltas que expiar.

AGENOR. De que hizo á Blanca matar,
toda Castilla la acusa.

MARÍA. Es injusta acusacion;
y si muriese Maria,
lloraria España debia
como á Blanca de Borbon.

AGENOR. Os aflige demasiado
la suerte de la Padilla!

MARÍA. Vos me mostrais la cuchilla
en su cuello delicado;
y esa imágen horrosa
me estremece el corazon,
porque debí á su atencion
una amistad cariñosa.
He estado á su servicio;
y si salvarla pudiera,
creed, señor, que ofreciera
mi vida en su sacrificio.
A trabajar vengo á qui
en pró de esa desgraciada;
y si logro, en Soria, entrada,
ella vendrá tras de mi.

AGENOR. Si, si; os lo juro por Dios!..
Conmigo en Soria entrareis;
que me importa que os junteis
en este Alcázar las dos.

MARÍA. Repetid el juramento!..
AGENOR. Sobre la cruz de mi espada
juro que os darán entrada
si me dan recibimiento.

MARÍA. Oh! Gracias!... Decidme ahora
qué de-eis, qué quereis?..
AGENOR. Concederme no podeis
lo que yo anhelo, señora.

MARÍA. Declarad, si no es secreto,
el despo apetecido.

AGENOR. Vir á mi amor!..
MARÍA. Concedido.

AGENOR. La vereis, os lo prometo.
MARÍA. Pedidme en pago la vida!..
MARÍA. Ya os debo tanto, señor,
que, aun despues de este favor,
os quedaré agradecida.

(Muzaron oye ruido por el foro, y se levanta)

ESCENA IX.

Los de la anterior, y HAFIZ, oficial castellano, soldados moros y castellanos.

HAFIZ. El ministro, Ab-del-Motri,
vá á venir á recibirnos;
y en tanto, para servirnos,
su celo me manda aquí.

AGENOR. Os agradezco el decoro
con que venis á anunciar
que me quieren vigilar
con un centinela moro.
Vine aquí, por voluntad
del que mandarme ha podido,
y de un poder revestido
que ofrece seguridad.

HAFIZ. Ningun recelo abrigamos;
ni ese de-dez merecemos;
que por amigo os tenemos,
y sinceramente hablamos.
(A los árabes.)
Disponed para el guerrero
vino y frutas; porque así,
mientras viene Ab-del-Motri,
pase el tiempo placentero.

(Dos moros se disponen á obedecer, y doña Maria les detiene.)

MARÍA. Eh! Moritos, esperad;
que es mi obligacion servir
á mi amo, y la he de cumplir
con toda fidelidad. (Se dirige á Hafiz)

Juro, por vuestro Mahoma, que os molestéis en vano, si no prepara mi mano lo que mi señor se coma.

HAFIZ. Es muy digna de alabanza tu fidelidad!... Vé, pues; aunque aquí, infundada es tu sutil desconfianza.

(Hace señá á los árabes para que la acompañen. Doña Maria les deja pasar delante, y habla á Muzaron en secreto, sin ser vista.)

MARIA. Di á tu amo, que á realizar mis planes, al punto voy; y que triunfaremos hoy si Dios nos quiere ayudar.

HAFIZ. Si me dais vuestro permiso...

(Haciendo demostración de retirarse.)

AGENOR. Haced vuestra voluntad.

HAFIZ. Cuanto os antoje, mandad á vuestro siervo sumiso

(Saluda, y se va con todos los guardias, colocando dos en la parte exterior de la puerta del foro)

ESCENA X.

AGENOR, MUZARON.

AGENOR. Muzaron, ¿dónde habrá ido nuestra amiga de viaje?...

MUZARON. Se desertó.

AGENOR. Cómo? ..

MUZARON. El paje, ya de mí se ha despedido.

»Di á tu amo, que á realizar mis planes, al punto voy; y que triunfaremos hoy si Dios nos quiere ayudar,» dijo; paso redobladó tomó; y al fin, como bruja, por el ojo de una aguja se habra, señor, escapado.

AGENOR. Siempre tu lengua villana á la burla busca objeto.

MUZARON. Y merece mas respeto la advenediza gitana? ..

No la hallamos en la cueva entre la gente *non saucta*? ..

Quién es, el adágo canta, por la compañía que lleva.

Mujer que nos pide ayuda para entrar en la ciudad; que cuenta su calidad, y hasta de sexo se muda, será mujer de buen porte?...

AGENOR. Su relato no has oído?...

Que busca aquí á su marido y que es dama de la corte?...

MUZARON. Tu... tu... rutinas son esas de mujeres desvalidas... Todas han sido mercedas en camas de principesas.

AGENOR. No la vimos respetada entre la mezquina gente, que la seguía obediente como á su Reina adorada? ..

Disfraces n-ó, es verdad, porque, de harapos cubierta, creyó atravesar la puerta de esta guardada ciudad.

Ella, entrada y confianza tuvo en el Alcazar real;

siendo dama principal tan solo ese honor se alcanza.

MUZARON. Podrá ser, mas no me fio; que si contar con tal gracia los cuentos de la desgracia, que de sus cuentos me rio.

ESCENA XI.

AGENOR, MUZARON, HAFIZ y soldados moros.

HAFIZ. Mi señor, el poderoso Ab-del, viene á e-te aposento.

MUZARON. (Me parece que este cuento ha de ser mas lastimoso.)

ESCENA XII.

Los de la anterior y AB-DEL-MOTRI.

AB-DEL. ¿Dónde está ese embajador?...

AGENOR. Aquí: ved la credencial.

(Se quita la manopla y enseña un anillo de esmeraldas, que deberá tener dos E. E. entrelazadas.)

AB-DEL. ¿Que es eso?...

AGENOR. El anillo real que tuvo doña Eleonor.

(Ab-del Motri se inclina con respeto.)

Que, como ensa-da de gloria á mi herencia comision, dió el principe por blasón de su madre la memoria.

Y qué es lo que pretendéis?...

Ver al Rey.

Cómo?...

Eso quiero.

Me parece, caballero, que mucho orgullo traéis.

AGENOR. Hablo en nombre de mi Rey Enrique de Trastámara.

AB-DEL. Sentiria que os pesara proclamar aquí su ley.

AGENOR. Jamás me pesó cumplir deberes de mi señor; si aluien quebranta el honor, ese lo debe sentir.

AB-DEL. Admiro vuestra entereza, y siento que esté cubierto un rostro que, descubierto, debe respirar nobleza.

AGENOR. Sí, señor; teneis razón; y vereis que no me arredro al mostrar, ante D. Pedro, mi rostro y mi corazón.

AB-DEL. Un consejo os quiero dar.

AGENOR. A seguirle no me obligo; gracias; que de un enemigo no me quiero aconsejar.

AB-DEL. Está bien. Hafiz; atento, con el decoro mayor, conduce al embajador al destinado aposento.

(Ap. á Aгенor.) (Malo! Nos manda encerrar.)

(Señor, el maldito moro, con atención y decoro nos hace en vida enterrar.)

AB-DEL. (Ap. á Hafiz.) (Hafiz: solo á tu firmeza esta guardia corresponde; pero advierte, que responde de los presos tu cabeza.)

HAFIZ. (Cuál es vuestra voluntad?...)

AB-DEL. (Mañana te lo diré.)

HAFIZ. (Os juro que les tendré con toda seguridad.)
(*Hafiz les hace seña de que le sigan.*)
AGENOR. (*A Muzaron*) (Hoy le hubiera degollado si no fuera embajador.
MUZARON Inconvenientes, señor, de vuestro puesto elevado.
(*Se van por el foro, á su izquierda.*)

ESCENA XIII.

AB-DEL-MOTRI.

AB-DEL. Ya que estás en mi poder yo arriancaré tu secreto; y á guardarme mas respeto, vive Alá, que has de aprender. Altivos son los cristianos cuando con los moros tratan; pero descuidados, atan a nuestro poder sus manos
(*Sale D. Pedro por el foro izquierda.*)

ESCENA XIV.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI.

PED. Quiénes son, buen Ab-del, esos guerreros que en la torre prisionan mis soldados?... Son, acaso, traidores revelados contra mi trono y mis sagrados fueros?..
AB. Espías cautelosos y traidores, que de Soria, rondando por los muros, creyeron su traicion lograr seguros con una credencial de embajadores.
PED. De qué país fingieron la embajada?..
AB. El nombre del bastardo han invocado; pero luego su plan verá aclarado, y será su perfidia castigada.
PED. Si con efecto son embajadores, esa digna mision debe acatarse; que D. Pedro, en su honor, no ha de mancharse, faltando de la guerra á los honores.
AB. Dicen serlo es verdad; pero esa duda que vos mismo abrigais, tambien abrigó; si cauteloso miro al enemigo, esa cautela mi prudencia escuda.
PED. Crees que nos engañan?... Habla, moro.
Qué espías son, por la traicion pagados?..
AB. Traidores me parecen, disfrazados; mas su intencion y calidad ignoro.
PED. Tu ignorancia me ha sido muy sensible, y á corregirla vas...
AB. Mande Su Alteza...
PED. Disculpa tu impolitica torpeza, y tráemelos aquí.
AB. Aquí!... Imposible!..
PED. Ay de tí, si tu mano ha castigado á un emisario fiel!..
AB. Nada ha sufrido.
PED. Pues enmienda tu falta, que ha infringido de la guerra el derecho mas sagrado.
(*Ab del se sonrie sarcásticamente.*)
AB. Me sorprende el respeto que embaraza vuestra conciencia hoy; pero no puedo al respeto ceder, señor, por miedo del peligro mortal que os amenaza.
PED. Nada temas por mí... fiel consejero; tú me mas bien por tí...
AB. Señor, tranquilá mi conciencia, ni teme ni vacila.
PED. Consultala mejor...

AB. Hoy muy severo conmigo os demostrais, y reticente.
PED. Es que indignado estoy por los temores que te asaltan, al ver embajadores, ya del Oriente lleguen, ó Occidente.
Ab-del-Motri, la vez primera ha sido que has mandado arrestar los mensajeros?...
AB. No, gran señor; no han sido los primeros; que á otros ciento, quizás, he detenido.
(*D. Pedro se levanta indignado. Ab-del se arroja.*)
Vuestro castigo espera resignado el leal servidor que puso dique al alevoso plan de D. Enrique, que habia vuestro muerte decretado. Por serviros, mi celo y entereza, entre tanto malvado delincuente, quizá sacrificó algun inocente; aqui teneis, en pago, mi cabeza.
PED. Merced á la disculpa, bien fundada, que me das, te perdono; mas no quiero que se niegue jamás á un mensajero en mi Alcázar real la libre entrada. Esos guerreros que tu celo encierra, embajadores son; y en el momento les quiero conceder recibimiento, y escuchar su mision de paz ó guerra. En nombre del ha tardo aqui han venido; en su nombre hab'arán; haz con presteza que venga á rodearme la nobleza, y que dé al acto el esplendor debido.
(*Ab-del-Motri saluda, y se va por el foro, á su izquierda.*)

ESCENA XV.

D. PEDRO.

Si María le acusa resentida, porque él ha interceptado sus mensajes, concederá perdon á los ultrajes que fueron causa á resguardar mi vida. María!... Su llegada inoportuna me apartará de mi Zoraida bella, ó injusto habrá de ser, sino, con ella, que supo amar, como mujer ninguna. Pero Zoraida es hoy la ilusion mia, y acrecienta mi amor con sus rigores... el fuego de sus ojos brilladores me abrasa el corazon. .

(*Doña Maria, en traje de señora de corte, sale por el foro izquierda.*)

MAR. Señor...
(*Se detiene al dintel de la puerta.*)
PED. (María!...)

ESCENA XVI.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA.

PED. Acercaos, María; qué os detiene?...
MAR. Esperaba, señor, vuestra licencia.
PED. Siempre, para llegar á mi presencia, la Reina, de su Rey licencia tiene.
MAR. Sin embargo, mil penas he pasado, cruzando disfrazada media España, oculta por la selva ó la montaña, para poder llegar á mi reinado. He fuertes enemigos el conuco me hicieron desde aquí guerra traidora, obstáculos poniendo á su señora para apartarla lejos de su trono.
PED. Culpas con injusticia á los amigos que de contrarias artes desconfian;

cómo de mi furor se librarian
si en mis reinos tuvieseis enemigos?...
MAR. Vos los teneis, D. Pedro, á vuestro lado,
que os engañan, que aduermen vuestro brio,
en tanto que el bastardo, el poderio,
y el trono de Castilla os ha usurpado.
Mi corazon, señor, estremecido,
oyó al embajador, cuando decia
que D. Pedro la paz aceptaría,
viéndose débil, sin poder, vencido.
PED. Por Cristo, que han de ver esos traidores
cuán difícil vencer es mi arrogancia,
con las legiones que mandó la Francia
de asesinos, cobardes salteadores.
Rey vencido me llama su insolencia,
sin probar en la guerra el duro acero?...
(Sale un oficial, recibe la orden del Rey, y se retira.)
Oia!... El embajador! La guerra quiero,
ó al bastardo humillado en mi presencia.
D. Pedro toma asiento en su sillón blasonado. A su derecha,
en otro, doña Maria, y cubre el rostro con su velo.
Empiezan á entrar caballeros y oficiales.
Sigue la guardia de palacio, y luego Ab-del-Motri,
que se coloca á la izquierda del Rey. Guardias moros,
que custodian á Agenor. Detrás Muzaron, que
se queda en último término. La colocacion de todos
los personajes queda á gusto del director de escena,
con arreglo á las proporciones del escenario.)

ESCENA XVII.

D. PEDRO, DOÑA MARIA, AB-DEL-MOTRI, AGENOR,
MUZARON, HAFIZ, Caballeros, oficiales, pajes,
guardias castellanos y árabes.

PED. Sois vos el mensajero que ha llegado
á tratar con D. Pedro de Castilla,
en nombre del bastardo rebelde?...
Doblad ante el Monarca la rodilla.
(Agenor alza la visera del casco. Ab-del le reconoce con
visible sorpresa.)
AGE. De D. Enrique, el rey que ha conquistado
amor del pueblo con la régia silla,
soy emisario fiel. Ved esta prenda,
que es de doña Eleonor sagrada ofrenda.
(Agenor dobla la rodilla y muestra el anillo al Rey, y
se levanta inmediatamente.)

Nunca creí, señor, que el noble fuero
de que investido estoy, se desprecia;
ni que á un cristiano y noble caballero,
por un árabe vil se aprisionara.
Aunque la queja producir e-pere,
hay os la manifiesto cara á cara;
porque esperé de vuesa señoría
menos crueldad, y mas cortesana.

PED. Mas respeto tambien; menos llaneza
esperaba de vos en el lenguaje;
no señoría; Majestad y Alteza
se dá al Rey de Castilla en homenaje.
AGE. Perdonad mi impericia, ó mi torpeza;
mi voluntad no os quiso hacer ultraje.
Quizá olvidé que aun os permite el cielo
que Rey seáis en el Soriano suelo.

PED. Rey de Soria, es verdad; pero de dónde
lo es el usurpador que aquí os envía?...
AGE. No es discusion que á mí me corresponde,
que es mas humilde la embajada mia.

Si paz queréis, señor, con paz responde
D. Enrique tambien; y espera el día
que con fraterno amor cese la guerra,
que á Dios ofenda y á Castilla aterra.

PED. No; guerra pide mi bastardo hermano,
aunque hipócrita paz viene á brindarme;
porque bien sabe que me burla en vano,
no pudiendo su pacto acomodarne.

AGE. La condicion sabeis?...
PED.

Si; sé que ufano
mi reino á compartir quiere obligarme;
y que su antojo pide, entre otros bienes,
á Ab-del-Motri, y Zoraida, por rehenes.
(Ab-del-Motri se estremece, y aguarda ansioso la de-
cision del Rey.)

AGE. En efecto, señor; bien informado
se encuentra vuestra Alteza. Y yo no atino
quién puede este secreto haber violado,
cuando encerrado aquí... (Cielo divino!...)
(Al poner Agenor la mano en su pecho, doña Maria
echa su velo á la espalda, y Agenor la reconoce y se
sorprende.)

PED. Al bastardo decid, que he rehusado
ese mensaje au-taz; que mi destino
la diadema real puso en mi frente,
y que es mi voluntad omnipotente.

AGE. Eso es decir, señor, que queréis guerra?...
PED. Me conformo con ella; no la quiero;
ni la lucha provoca, ni me aterra

AGE. Pues yo, de D. Enrique, en nombre y fuero,
á vos, D. Pedro, á cuantos Soria encierra,
ó alicto os sea en suelo castellano,
reto á la lid con valerosa mano.

(Agenor arroja una manopla á los pies del Rey. La
corte, toda, manifiesta su indignacion, y algunos
caballeros echan mano al paño de sus espaldas. Don
Pedro se levanta, y con ademán noble e imponente,
contiene los murmullos y la agitacion de los cortesa-
nos. Momento de pausa.)

PED. Cual fiel embajador habeis cumplido,
cual leales tambien nos mostraremos.
Sepa Enrique que el reto he recogido,
y que pronto en el campo nos veremos.
Si hoy os es el descanso apetecido,
hospitalario techo os ofrecemos,
valor y lealtad nos acompañe!

AGE. Lealtad y valor, y á la campaña!
(El Rey se va por el foro, á su derecha; todo el acom-
pañamiento le sigue; doña Maria se detiene detrás
de todos, y sin ser advertida por los demás, entrega
un pergamino á Agenor. Este sale por el foro, con
Muzaron, detrás de todos.)

FIN DEL ACTO-SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salón árabe del Alcázar de Soria. Al foro tres
ventanas iguales con rejas que dan vista á la calle. Al costado iz-
quierdo, en último término, otra ventana, tambien con reja, cu-
bierta con una colgadura, igual á las que debe haber en las puertas
y salios correspondientes para el buen ornato de la habitacion. Puer-
tas laterales, la de la izquierda en segundo término, la de la derecha
en el ultimo. Otra reja al costado derecho en segundo término. Em-
pieza el acto una hora antes de anochecer.

ESCENA PRIMERA.

AGENOR. MUZARON. (Este aparece en la reja de la
derecha. Agenor sentado, sin espada, que debe
estar sobre una mesa. Tiene un pergamino en la
mano)

AGENOR. Muzaron, nada descubre?...
MUZARON. Por aquí á nadie se ve,

ni se oyen mas que los trinos
del ruiseñor, que á la vez
con el puntado gúguero,
gracias al Supremo Rey
envian, desde el follaje
que les sirve de dosel.
En áuras embalsamadas
que exhala el florido Edem,
cantan dichosos amores,
ó amargos celos tal vez.
Dichosos, dichosos ellos,
que en este mundo se ven
sin diferencia en su esfera,
iguales ante su ley!...
Cantos dá su gratitud
al que les hizo nacer
libres, como el mismo viento
que les sirve de sosten.
En verde, florida alfombra
descansa su leve pié,
y su palacio es un mundo,
y solo Dios es su rey.

AGENOR.

MUZARON.

AGENOR.

MUZARON.

AGENOR.

MUZARON.

AGENOR.

MUZARON.

AGENOR.

MUZARON.

(Agenor desdobra el pergamino y lee.)

AGENOR. «Este escrito, caballero,
«la prenda primera es
«que en muestra de gratitud
«os ha podido ofrecer.
«Cuando el sol llegue á su ocaso
«se apartará de mí el Rey
«para revisar las tropas
«que han de combatir por él.
«Entonces, en vuestra cámara
«espéreme su merced;
«que de vos y de Zoraida
«quiero procurar el bien,
«en pago del que me hicisteis
«tan generoso y cortés.
«Contad siempre con Maria,
«vuestra amiga eterna y fiel.»
Muzaron, mentir no puede
la que expresa este interés:

invoca á Zoraida en prenda,
y es ese nombre mi fé.
La fé, en el juego del mundo,
tiene siempre que perder,
porque abusan los tahures
de su pura candidez.

Si con los ojos abiertos
hay trampas que no se ven,
qué sucederá al que venidas
sobre ellos quiera poner?...
Señor, con ojo avizor
os aconsejo que estéis,
que donde hay tantos infieles
no ha de reinar buena fé.

AGENOR.

MUZARON.

AGENOR.

MUZARON.

AGENOR.

AGENOR.

MUZARON.

AGENOR.

MUZARON.

AGENOR.

Tengo mi espada conmigo.
Buena compañera es:
teniéndola en vuestra mano
triunfaríais de otros seis:
no á menos con mi ballesta
haría el polvo morder,
y matando doce herejes
se salva el alma, y amen.
Muzaron, mucho agradezco
el celo que en ti se vé;
pero no hay razon ninguna
que haga el peligro temer.
Doña Maria Padilla,
sin duda me quiere bien,
y al servicio que me debe
hoy quiere corresponder.
Pero el moro Ab del-Motri,
á quien insultado habeis,
y á quien pedisteis por rehues
en la audiencia que os dió el Rey
no os estará agradecido;
y si nada hay que temer
de la dama favorita,
al favorito temed.

A nadie temo, y resuelto
mi destino esperaré;
solo acometo el peligro,
y solo espero vencer.
Es forzoso que al momento,
sin dar descanso al corcel,
vayas á Burgos, y veas
al condestable francés.
Le dirás que recibido
he sido con altivez
por D. Pedro, y que la guerra
decidida está por él;

que ya las hostilidades
es ocasion de romper,
y que brille el sol de España
en nuestro triunfante armés.

Seria mas conveniente
que escrito el parte me deis,
que en mi memoria no lle.

No, porque puedes caer
en manos del enemigo...

Señor, disculpis muy bien:
archivado en el magin
vuestro aviso llevaré...

Y por si acaso, señor,
no nos volvemos á ver,
dadme á besar vuestra mano! ..

Adios, escudero fiel!

(Muzaron se arrodilla, besa la mano de su Señor y se va por la puerta derecha.)

ESCENA II.

AGENOR *(después de una pausa)*.

Omnipotente Dios, le cielo y tierra,
dominador del mundo en las alturas,
donde lúgido escuto el paso cierra
á la vista de humanas criaturas!
Mira aquí al hombre, que obstinado yerra,
por falsa senda camina lo á oscuras,
que alevoso Cam vá con sus manos
preparando la muerte á sus hermanos.
Amor y paz á los fraternos lares
envia con tu mano bienhechora!...
Evita de la guerra los pesores,
y hunde la vana pompa destructora!...
Yo de la hid provocho los azares
con hipócrita voz engañadora,
hoy que consagro á una mujer querida,
en cambio de su amor, toda mi vida.

(Por detrás de la reja de la izquierda se oyen melancólicos sonidos de la guitarra de Zoraida. Agenor fija su atención un momento, y corre luego hacia la reja, buscando ansioso con su vista la mano que hace vibrar el instrumento. En tanto se presenta doña María por la puerta izquierda, y después que empieza el siguiente diálogo, se van perdiendo los acentos de la guitarra.)

ESCENA III.

AGENOR, DOÑA MARÍA.

MARÍA. Caballero!... (No me ha oído...
La música le enmudeció...)
Señor Agenor!
AGENOR. *(Reparando en ella)* Señora!...
MARÍA. O, no lo muy distraído!
AGENOR. Es mi disculpa notoria,
señora, cuando divisó
el celeste paraíso
en los jardines de Soria.
MARÍA. En el Alcázar de un Rey
de valor y gentileza,
se humilla naturaleza
á demandarle su ley.
AGENOR. Pisar podrá el Rey las flores;
gozar sus aromas suaves,
mas no esclavizar las aves
que libres cantan amores.
Que si en el jardín trinando
dulces sonidos regalan,
son tristes ayes, que exhalan
por el bien que van buscando.
Señora, si como á vos,
todo el Rey lo dominará,
en este mundo reinará
tan potente como Dios.
No hubiera oculto un secreto
para ese Rey tan querido,
ni favor agradecido
que no cumpliera á su objeto.
MARÍA. Resentido, con razón
me acusáis en este instante...
Mas, de que modo á un amante
se le cierra el corazón!...
Yo no descargo la culpa
de que me acusáis muy bien;
pero vos, que amáis también,
me concederéis disculpa.
Señor, los disgustos nuestros
demos ya por terminados;

desde ahora mis cuidados
son por intereses vuestros.

AGENOR. Mios, señora?...

Cabal.

Me creisteis enemigo,
y permitidme que os diga
que me habeis juzgado mal.
Respeto, apoyo y afecto
en el viaje os he debido,
y habeis á mi amor servido,
aunque de modo indirecto.

AGENOR. Bien indirecto, eso sí,
pues nunca llegué á pensar
que pudieran resonar
nuestras palabras aquí
de casualidad la ley
pudo ser; pero propicias,
me disteis unas intencias
que agradeceó mucho el Rey.
No os obstinéis en negar
que muy á mi me habeis sido.

AGENOR. Sea, pues; pero...

Entendido;

vereis que os puedo pagar.
Suponed que en esta plaza
os quisieran detener...

AGENOR.

MARÍA. Cómo!...

No debéis temer:
de salir os daré traza.

AGENOR. Vuestro proceder le fuera
a D. Pedro conveniente;

que obrara villanamente
como aquí me detuviera.

MARÍA. Pero sed franco conmigo:
sin ser el Rey, no habra en Soria
quien tenga de vos memoria
y os pueda ser enemigo?... *(Pausa.)*

Si le hubiese, y si llamado,
sin que el Rey cúmplice fuera,

un lazo vil os tendiera
en que os viésteis enredado,

y después se disculpára,
diciendo que al seductor

mató, no al embajador
del conde de Trastámara,

quién el error desharía
de si habeis aquí llegado

para asuntos del Estado,
ó si el amor os traía?...

(Agenor suspira. Un momento de pausa.)

Comprendéis ya mi raz. n?...

Pues bien, si yo desviara
el puñal que os amagara

el pecho en esta ocasion... ?

AGENOR. Os debiera mi existir,
pero no os lo agradecería;

que es la muerte honjera
cuando es amargo el vivir.

Os pesa la vida?...

MARÍA. Mucho.

AGENOR. Por algun disgusto grave?...

MARÍA. Eso, solo Dios lo sabe!...

AGENOR. Y tal vez yo...

MARÍA. Vos? ... Qué escuchó!...

MARÍA. Sé la causa en realidad
de ese profundo dolor.

AGENOR. Cual es la causa?...

MARÍA. El amor.
De qué n?...

De aquella ciudad.

(Descorre la cortina que cubre la reja.)

Miradla en campo de flores
en su humaca purpurina,
columpiarse, cual divina
virgen de castos amores.
Oh! Si, si; tenéis razon;
esa es la bella que adoro!...

AGENOR.

Allí está el rico tesoro
que busca mi corazón.

MARIA.

Muy cerca la estais mirando,
y muy lejos puede estar;
que al sol no es fácil llegar,
aunque nos esté abrasando.
Os burlais de mi esperanza?...
No; que en el mundo, cercano
se vé el bien, y nuestra mano
á tocarle nunca alcanza.

AGENOR.

MARIA.

Ah! Si!... La guardan; la espían!
La cierran dobles candados,
y sus guardas avanzados
de otros guardas no se fian.

AGENOR.

MARIA.

Oh! Si mi Zoraida amada
me viese al menos...

MARIA.

Locura!...
acaso así se os figura
ver vuestra ambicion colmada?...
Para ese deseo ardiente,
tengo yo mejor remedio.

AGENOR.

Mandad, disponed el medio;
yo le seguiré obediente.

MARIA.

A D. Pedro entregó Ab-del
las llaves de esta mansion.

AGENOR.

MARIA.

A D. Pedro!... Maldicion!...

Mas yo se la quitó á él.
Ahora, con su consejo
ha salido á revistar
las tropas, y han de tardar
un hora, segun infiero.
Si quereis tener la gloria
de ser de Zoraida dueño,
persuadidla con empeño
á que huya con vos de Soria.
Una hora, ya lo oís;
para arreglar la partida,
en estando decidida,
os abro senda, y partís.

(Agenor se arrodilla.)

AGENOR.

Pedid mi vida, señora,
si algo vale para vos;
porque es la mano de Dios
vuestra mano bienhechora.

MARIA.

Gracias, Agenor; guardad
la vida, que no podeis
ofrecer lo que debéis
á vuestra amada beldad.
Ya se hunde el sol inclemente,
sin sus rayos de escarlata;
cuidad que el astro de plata
no os halle en este aposento.
Una hora!...

AGENOR.

MARIA.

AGENOR.

MARIA.

Lo escuché.
Ojo avizor con el morfo!...

Me llevaré mi tesoro.

(Yo tranquila quedaré.)

(Doña Maria se va por la puerta izquierda; y Agenor se acerca á la reja por donde vió á Zoraida.)

ESCENA IV.

AGENOR.

Allí, cual nina divina,

velada, en tul trasparente,
aromada la dá el ambiente,
en su humaca purpurina.
Allí está la que domina
las alas de mi razon;
la que enciende la pasion
en mi pecho enamorado,
y en un volcan ha encerrado
este pobre corazón.

(Mirado con mucha ansiedad)

Ya llega; y sus tiernos brazos
la tientan de una Maria!...

Y la dulce prenda mia
la acoje en amantes lazos!

Mi pecho se hace pedizos,
de impaciencia... Andad!...

Vuestro paso apresurado!...

Se detienen?... Si; á mirarme!...

Zoraida, ven á abrazarme;

que me mata la ansiedad!...

(Se separa de la reja.)

Mi espíritu desfallece,
que tambien daña el contento!...

Alma mia, toma aliento,

y crece en tu fuerza, crece.

Bien el descanso merece

alma que dá tanto brío;

que aunque en tu valor confío,

abusé de tu valor!...

(Va á reclinarse en un sillón, y oye la voz de Zoraida, que grita dentro la mitad del verso; entonces corre á recibirla á la puerta de la izquierda, abrazándose los dos con entusiasmo.)

ZORADA. Duño mio!... Mi Agenor!...

AGENOR. Mi Zoraida!... Duño mio!...

(Empieza á anochecer.)

ESCENA V.

AGENOR, ZORADA.

ZORADA. Dí que no es sueño el placer
que disfruto en este instante;
que mi razon delirante
no me hace un fantasma ver:
que eres, Agenor, mi amante!...

(Agenor se arrodilla.)

AGENOR. Tu amante, tu esclavo, sí,
está á tus plantas postrado;

que de mi suerte apiadado,
te eré Dios para mí,
ángel bello idolatrado!

ZORADA. No con la rodilla en tierra
tú, dueño mio y señor,

me recibas; Agenor,
aquí tu imagen se encierra,

y aquí te llama el amor. (Se abrazan.)

AGENOR. Oh! Si eternos estos lazos
pudiéramos estrechar!...

ZORADA. Quién los vendrá á desatar?...
Quién, de mis amantes brazos
te ha de poder arrancar!...

No; nadie!... Por siempre unida
desde hoy irá nuestra suerte...

Antes morir que perderle;
que lejos de ti, mi vida
fuera prolongada muerte.

Déjame, que embriagada
en éstas de placer,

el alma vuelva á su ser,
que al fuego de tu mirada

la siento en mi renacer.
En este instante, bien mio,
acercos, contra la ley
que optime nuestro albedrio,
un amoroso desvario
en el Alcázar del Rey.

AGENOR. Zoraida, ya no me arredro;
que oyéndote hablar así,
en el odio de Ab-del-Motri
ni la pasión de D. Pedro
te separan de mí.

Venga ese activo leon
unido al fiero homicida...
Mi espada, nunca vencida,
les herirá el corazón,
aunque me cueste la vida.

ZORAIDA. Tú morir!... Tú, tú, mi gloria!...
No; que de Ab-del la cuchilla
cede a mi vista, y se humilla,
y aun puede salvarte en Soria
la que te salvó en Sevilla.

Celos te ha podido dar
del Rey la torpe pasión,
cuando es tu amor mi anhelo,
y halló estrecho el corazón
para poderle llenar!...

Tuya soy, tuya es mi suerte;
no te apartarán de mí!
Siempre mía!...

AGENOR. Siempre, si;
ZORAIDA. que solo podrá la muerte
separarme ya de ti.

AGENOR. Pues selle nuestra pasión
tu juramento estedia,
abjurando to fe impia
y amando la religión
que adora la raza mia.
Unidos así los dos,
nadie podrá separarnos;
que bien podremos amarnos
si amamos al mismo Dios
que puede juntos salvarnos.

ZORAIDA. Siendo todo mi amor tuyo,
¿a tu Dios el alma doy;
que si yo tu esclava soy,
y tú eres esclavo suyo,
soy su esclava de-de hoy. (Se arrodilla.)
Escucha, Dios de Agenor!...
yo hago desde este momento
el solemne juramento
de ser tu esclava mejor
y acatar tu mandamiento.

(Agenor se arrodilla.)
AGENOR. Yo, Dios del pueblo cristiano,
que a tu ley la convertí,
la doy, Señor, ante ti
de fiel esposo la mano...
La aceptas, Zoraida?...

ZORAIDA. Sí!

(Se dan las manos. Al mismo tiempo, se oyen por el
lado izquierdo algunos sonidos de una guala. Este
aviso les hace levantarse con sobresalto despues que
han escuchado cortos momentos.)

Agenor, aprisa, aprisa!...
Huyamos al punto, que escuchamos!...
Con los ecos que escuchamos,
la Padilla nos avisa
el gran peligro en que estamos.
La Padilla!... (Tomando su espada.)

AGENOR. Si; que en vela,
ZORAIDA.

en los altos corredores,
de nuestros perseguidores
fué celosa centinela,
guardando nuestros amores.

(Se repite la música.)

Otra vez!..

AGENOR. Mas de qué modo
preparamos nuestra huida?...
(Zoraida señala a la puerta izquierda.)

ZORAIDA. Por aquí; que prevenida
la que le ha dispuesto todo
tiene ya nuestra salida.

(Por el foro se oye a lo lejos marcha marcial de clarinetes, o música militar de la época.)

AGENOR. Los marciales instrumentos
se oyen en ecos distantes!...

ZORAIDA. No perdamos los instantes!...
(Van a salir precipitadamente por la puerta izquierda
cuando María les detiene. Saca un candelabro
con luces.)

ESCENA VI.

ZORAIDA, AGENOR, DOÑA MARÍA.

MARÍA. Ya perdisteis los momentos
mejores, ciegos amantes!...
Ya es tarde; que Ab-del-Motri
a su Rey se ha adelantado;
en el Alcázar ha entrado,
Zoraida, y con frenesí
os busca desesperado.

AGENOR. Venga, si se atreve, aquí;
conmigo tengo mi acero;
y si lidiando no muero,
saldrás delante de mí,
a pesar del mundo entero.

MARÍA. Tratad, señor, de vivir,
antes que trance mas duro
nos ponga en mayor apuro...
Por allí podreis salir
del Rey mostrando el seguro;
y en logrando la salida,
huid de Soria, señor;
que os quedo con prometida
a volveros vuestro amor,
aunque me cueste la vida.

ZORAIDA. Partir é!... Quedarme yo!...
Romper los recios lazos
que me han unido a sus brazos
y que el cielo consagró;
primero me han pedazos!

MARÍA. Si sois desgraciada vos,
reparad, Zoraida, en mí;
yo, que rival os temí,
y aun os suplico por Dios
que no os separes de aquí!

AGENOR. Zoraida, adios!...

ZORAIDA. Imposible!...

Tu despedida me aterra!...

AGENOR. Pronto empezará la guerra
y aquí volveré invencible,
conquistador de esta tierra.

(Se oye la marcha marcial de música guerrera, mucho
mas cercana que se oyó anteriormente, y se va acer-
cando progresivamente, sin cesar, hasta la conclu-
sion del acto.)

MARÍA. Oid, oid los sonidos
de lúlicos escudrones;
no, meando en ilusiones,
creas que aquí estais dormidos
los castellanos leones.

D. Pedro llega á palacio
y le debo recibir;
si apreciáis vuestro existir,
no os mostréis, señor, receloso;
no os desconfiad en huir.
Ya os obedezco!...

AGENOR.
ZORAIDA.

Agenor!...

Tras de tí se vá mi vida!...

AGENOR.
MARÍA.

El alma llevo traspada!...

Apresurados, señor...

AGENOR.
ZORAIDA.

Adios, Zoraida querida! (Se abrazan.)

No, no: la muerte primero

que tu ausencia dolorosa!

MARÍA.

Fiad en mi vuestra esposa.

Venid, amiga...

(Doña María les ha separado. Agenor se va precipitadamente por la puerta derecha. Zoraida se desmaya en brazos de doña María.)

ZORAIDA.

Yu muero!...

(Se oye el grito de Ab del-Motri por el interior de la puerta izquierda.)

AB-DEL.

(Dentro.) Zoraida!

MARÍA.

Suerte horrorosa!

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa el salon de un castillo de arquitectura gótica, situado á siete leguas de Burgos; tres puertas ojivales al fondo, y detrás de estas, y á una regular distancia, se ve una galería con ventanas de la misma época, abiertas y dejando ver por ellas las copas de los arboles del jardín, que figura estar debajo. Al lado derecho, en primer termino, puerta secreta que conduce á la habitación del Rey. En segundo termino otra puerta, y otra al lado izquierdo.—La habitación debe aparecer en desorden: las colgaduras en el suelo. Algunos espejos de la época descolgados; jarrones, pebeteros, candelabros y algunos otros muebles. Los esclavos árabes y algunos pajes cristianos van trasladando estos objetos, según indicación de sus jefes, pero todos se van por la puerta segunda de la derecha.—Queda ornada la estancia con alfombra, un diván y al lado una mesa. Al lado opuesto de la mesa, y junto al diván, dos almohadones.

ESCENA PRIMERA.

FARFAN, D. TELLO, HISEM, OLIVERIO, pajes y esclavos castellanos, esclavos árabes.

FARFAN. Conducid estos objetos á la habitación del Rey.

HISEM. Estos, al punto, vosotros, al gabinete de Ab-del.

(Los sirvientes acaban de llevarse todos los objetos indicados, y Farfan echa una mirada por la escena.)

FARFAN. Pobre mansion de placeres!... ¿quién te ha visto, y quién te vé!

D. TELLO. Cuando cae un favorito, forzoso es que ha de caer cuanto sirvió á su regalo; ya es muy antigua esa ley, y vale mas no subir, que verse en tierra despues.

FARFAN. Pero es que doña María aun no ha caído; y tal vez, como es astuta y hermosa, no pierda el amor del Rey. Es lo cierto, que D. Pedro, variando de proceder,

viene al castillo sin ella, que en Burgos llora el desden. En fin, muy pronto su alteza llegará, y hemos de ver si erige otro nuevo altar, y quien el ídolo es... Aquí llegan rumores de que era una bella infiel la que...

FARFAN.

D. TELLO.

Silencio, Farfan!

(Mirando con desconfianza á Hise.)

FARFAN.

Sello mis labios, y amen. Ya que todo está arreglado, y acompañarme debéis hasta que llegue su alteza, dispensadme la merced de constarme con detalles la batalla que dió al Rey tanto triunfo en Navarrete, como deshonra al francés.

D. TELLO.

No fuera malo, Farfan, que nos dierais de beber, y así se umearan las glorias de Navarrete y Jerez.

FARFAN.

Al momento. (Se va por la puerta derecha, y sale á poco con botellas y vasos.)

OLIVERIO.

Bien, Farfan!

D. TELLO.

Dejáras de ser inglés si no aprobáras... Y tú?.. (á Hise.)

HISEM.

Yo no bebo. fumaré. (Saca una pipa, y la enciende.)

FARFAN.

(Saliendo.) Ea, señores, bebamos, brindando por nuestro rey, y por los que en Navarrete supieron lidiar tan bien.

(Llenan los vasos, los chocan, y beben los tres.)

Sentarse, y hablar ahora...

(Se sientan y callan todos.)

¿Quién empieza?

OLIVERIO.

Que hable Hise.

HISEM.

Cuando fumo yo, no hablo.

FARFAN.

Pues que hable Tello.

D. TELLO.

Hablaré.

¿Quién rehusa relatar jornada de tanta preza, donde con sangre francesa bañó D. Pedro su armés, donde á su hermano D. Sancho hizo á sus plantas poner, donde el príncipe de Gales aprisionó á Duques-lén, que á no tener tal alcaide, muriera á manos del rey? Al fin, extranjero es uno, y otro extranjero tambien. OLIVERIO. Y tú, moro, ¿no donde eres? HISEM. Yo?... De España.

OLIVERIO.

Pero infiel.

D. TELLO.

Ea, no armemos camorra, y escuchad...

FARFAN.

Antes bebed...

D. TELLO.

Brindemos por Navarrete con la gloria de Jerez.

FARFAN.

Brindemos, que poco tiempo nos queda para el placer.

(Llenan los vasos, chocan y brindan.)

D. TELLO.

Por el triunfo de Castilla que alcanzó lidiando...

(Tres puntos de clarín, en el interior del castillo, le anuncia la llegada de D. Pedro.)

Todos.

El Rey!

(*Beben, y salen todos, menos Farfan, por el foro a su izquierda. Dos escuderos salen por la puerta segunda izquierda, y á indicación de Farfan, se llenan las botellas y vasos. Farfan espera en el foro, hasta la entrada del Rey.*)

ESCENA II.

D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI, FARFAN, TELLO, OLIVERIO, HISEM, pajes, capitanes y guardias.

(*D. Pedro se sienta; Ab-del-Motri se coloca á su lado en pie.*)

PED. Retiraos, mis pajes y mis guardias;

y tú, Ab-del, permanece al lado mío.

Cuida, Farfan, de que desearos encuentren, abriendo á su placer todo el castillo.

(*Todos, menos Ab del, saludan, y se van por donde salieron.*)

ESCENA III.

D. PEDRO, AB-DEL.

PED. Ya dejamos de búrgos los festines, preparados por tí para mi alivio;

ya estamos en el campo; pero el alma siente desfallecida su vacío.

AB. Veo con sentimiento la tristeza que os aqueja, señor, mas no el motivo.

Mucho oro nos dá Córdoba, y Sevilla doce mil hombres de brillante equipio.

Ganamos dos provincias; y si á España vuelve el usurpador, en un castillo,

de espantajo poniendo su cabeza, ahuyentará de la traición los tiros.

PED. Tú dispondrás, con tu prudencia sabia, cuanto acreciente el bien de mis dominos; y en los árduos negocios del Estado concede tréguas á tu infeliz amigo.

AB. Infeliz, es verdad!... Ahora comenzo que padeceis, señor, hondo martirio!...

Ya del oro la voz no os embesa;

os disgusta del cetro el poderio;

no atendeis al placer de la venganza;

ni una tierna mirada de cariño

para vuestra querida os ha quedado!...

ni aborreceis, ni amais!... no sois el mismo.

PED. Quizá no la ame ya, y esta es la causa de que se sienta indiferente y frío

el corazón, que sin pasiones muere

cuando en fuertes pasiones ha vivido.

AB. Las pasiones, señor, son como el aire que se encierra en los hielos; y asimismo,

fuerza temiendo en comprimida valla,

brota después en huracán altivo.

PED. Es cierto, Ab-del, que lleno de deseos, siento, doliente, el corazón henchido.

AB. Amais, entonces?...

PED. Sí: creo que amo.

AB. A Zoraida?

PED. A Zoraida.

AB. Comprendido!...

A la hija de un monarca podréis!...

A un tiempo os compadece y os envidia.

PED. Digno de compasión es mi desgracia!

AB. O de envidia, tal vez, seáis más digno.

PED. Zoraida no me ama.

AB. A la pureza

de su sangre no fuera permitido

abrirse y ceder por las pasiones.

que otra mujer común doble su brio.

No; no sirve Zoraida, ciertamente,

para el haven de un rey anojado,

que no abren su capullo ciertas flores

mas que en la cumbre de elevado risco.

Zoraida es una reina, y su sonrisa

no asomará jamás al labio alivo,

hasta que ocupe, en elevado trono,

asiento régio, de su estirpe digno.

PED. En el trono su asiento!... Qué dirían

los cristianos, si con loco impio,

el sólo de Castilla profanara

una reina que adora el pagani-mo!...

AB. Y quién dice que un día, enamorada,

no os hiciera Zoraida el sacrificio

de su Dios y su ley, después que el alma

su tesoro de amor haya rendido?

PED. Ella que hoy de mí!...

AB. Mas ¡ing nioso

para estudiar el femenil capricho

os juzgaba, señor!... La raza mora

reconcentra y penetra con mas tino.

Cómo queréis que la que, diosa aliva,

crea un mundo á sus pies siempre rendido,

me ostensiblemente al hombre esclavo

que otra mujer sujeta á su albedrio?

PED. Zoraida está celosa, por ventura?...

AB. Lanza la tortolilla su quejido,

celosa, entre nosotros; la pantera,

á la pantera, con terrible brio

se abalanza, destroza y martiriza,

ante el tigre que celos ha infundido.

Celos de Arabia son tormentos fieros,

y al árabe ese mal persigue impio.

PED. No amé jamás como á Zoraida adoro!

AB. Casaos con ella.

PED. María!...

AB. Os trae remiso!...

Separadla de vos. A vuestra esposa

la cedisteis un día en sacrificio,

y hoy su gastado amor, que ya no flopera,

que al corazón no impele en su latido,

temeis trocar por el amor mas bello

que en sus galas el mundo ha conocido?

PED. Tienes razón; pero ella moriría

si yo la retrase mi cariño.

AB. Tanto os ama, señor?...

PED. Puedes dudarlo?...

AB. Permittedme dudar!...

PED. Callate, impio!

En pecho fementido amor tan grande

ni puede hallarse ya, ni habrá existido.

AB. (Aun la profesa amor; no despertemos

al orgullo y los celos un motivo

que le diera razón á preferirla

á todas las mujeres.) Os he dicho

que ludo de su amor, no porque crea

que infiel donña María os haya sido!...

Ni yo pudiera suponer tal crimen;

que si á la duda de su amor me inclino,

es porque al verse hoy menospreciada,

de dolores sufre de su régio amigo,

y persiste en vivir á vuestro lado

viendo impas los vuestros rostros esquivo.

PED. Y no es de amor y abnegación la prueba?

AB. De ambicion puede ser, y de egoismo.

PED. Tú á esa mujer, Ab-del, desaharías?...

AB. Sencdo Zoraida el cambio prometido!...

PED. Oh! no!... jamás!

AB. Sufrí, pues lo queréis.

PED. Piensas que á tal sentencia me resigno?...

No crei, moro, que valor tuvieras para decir al Rey: sufre el martirio; antes que apresurado y respetuoso le dijeras: Señor, os daré alivio.

AB. A costa del honor de la hija bella de aquel que fué señor y dueño mío, no dócil me hallareis, Rey de Castilla, aunque me deis la muerte por castigo.

PED. Y no sabes, infiel, que el Rey D. Pedro nunca obstáculos halla á su capricho?...

AB. Sé también, gran señor, que sois prudente, y apelo á la razón de vuestro juicio. Zoraida es inocente, candorosa; si os ve de la Padilla desnudo, y de esposo la haceis el paramento, os fiará amorosa su destino.

PED. Tú lo aseguras?

AB. Lo aseguro, señor.

PED. Pues yo á mi vez, aunque á María estimo, juro el lazo romper que á ella me liga, y tanto tiempo mi ilusión ha sido.

AB. Ahora es toca imponer las condiciones.

PED. De escudes un millón en donativo, y que vaya á fijar su residencia al país por su gusto prelerido.

AB. Muy bien!... Más rica y respetada otra princesa no hallará, lo afirmo. No de otro modo obrar le corresponde con una dama á un príncipe magnífico. Pero fuera de España, por supuesto, fijará esa señora el domicilio?...

PED. Es condicion precisa?

AB. Indispensable.

El mar entre el amor nuevo y antiguo; sino Zoraida temblará insegura.

PED. Alcese entre las dos el mar altivo. Zoraida es mía: su rehen reclamo.

AB. Nada más que esa prenda?... Parco ha sido mi rey en la elección...

PED. Necio, no sabes que el amor de Zoraida necesito?... Que la pasión que siento me devora; que no me han detener respetos nimios; que el soberbio león, cuando esta hambriento, valladares no encuentra á su apetito?... Si á Zoraida me niegas, no conoces que á tu pesar, la tomaré yo mismo?... Que si muestras enojo en el semblante, concederé á mi pueblo el regocijo de verte ahorcar, y alegre y satisfecho, irá á reir al pié de tu suplicio?...

AB. Cierto, señor; pero después de ahorcado, doña María velará en su auxilio.

PED. Téngala yo hambre de amor, y ella recuerde de Blanca de Bornon el exterminio.

AB. Loco será quien ante vuestra cólera humilde no se postra... Habeis vencido.

PED. Me darás á Zoraida?

AB. Qué, negarla puede un misero esclavo á su albedrío?...

Vuestra sera; pero, señor, presente tened desde ahora mi consejo amigo: aljad á María y sus parciales, que son vuestros contrarios mas temidos; desváueced escrúpulos que anida de mi Zoraida el corazón sencillo, que antes, si no, de que seais su dueño ha de sentir de su puñal el filo.

PED. Cómo tengo de obrar?... De qué manera?...

AB. Fíad, don Pedro, en mí, que bien os sirvo.

Doña María, en Búrgos, confiada,

no supone á Zoraida en este sitio.

PED. Zoraida aquí?... Dónde?... Me engañas?...

A mi impaciencia añades incentivos?...

AB. Reportaos, señor, si no ha llegado, muy pronto llegará.

PED. Feliz destino!...

Cuándo?... Cuándo?

AB. Esta noche.

PED. De Búrgos no descanza en su retiro?...

AB. A esta hora, puede que en veloz carrera venga ya caminando á este castillo.

Hay siete escasas leguas, y en tres horas el árabe alzan cruza el camino.

PED. Y de buen grado viene presurosa

Zoraida, á acompañarme en este sitio?

AB. Vendrá... y es lo bastante... nada importa que su trazada senda haya perdido...

Nada importa que, frágil ó indiscreta, de su rival siguiendo los desgarros,

á Francia se dirija, de mí huyendo,

cundo su guía está á mi voz sumo.

Pobres mujeres!... Lástima merecen!...

Amor y celos les fascina el juicio,

sin prever que el pensamiento suyo,

al brotar en su mente, yo adivino.

PED. Esplícate, por Dios!

AB. Explicacion mas clara

verá su alteza en este pergamino,

del criminal ardor de vuestra dama.

(Le da un pergamino, que D. Pedro lee con avidez.)

PED. (leyendo) «Caballero Agenor; aquí vivimos,

«la mia y vuestra amiga, vigiladas;

«ahora que libre tengo algun respiro,

«con gusto, y á su ruego, estos renglones,

«que en vuestra mano entregará un amigo,

«para enteraros del proyecto nuestro,

«de la amistad en nombre, hoy os escribo.

«A Rianzares corred, pequeño pueblo

«entre Francia y España fronterizo,

«y cuando sepa ya vuestra llegada

«por el fiel mensajero que os envío,

«dispondré de Zoraida la partida,

«y en alas llegará de su cariño.

«Guardad vuestro tesoro vigilante,

«y mandad desde el plácido retiro

«las bendiciones que, labrando dichas,

«María de Padilla ha merecido»

(Después de observar)

No es letra de María...

AB. Pero es copia

que del original tomé yo misma,

que esa dama escribió.

PED. Cierto?...

AB. Ciertísimo.

Ved la contestacion del caballero

á quien con tal bondad ha protegido

(Le entrega otro pergamino, que lee el Rey.)

PED. «Agradezco, señora, los favores

«que colmáis á vuestro buen amigo;

«y desde hoy en un mes, hora por hora,

«puro esperar en Rianzares tramplio.

«No abandono mi arco, porque gloria

«conquistando con él, seré mas digno

«de la mujer que adoro; pero á España

«no volveré en las hiesas á esgrimirlo,

«si vos no lo exigis, y si á Zoraida

«no lograse mirarme reunido;

«que en caso tan fatal, iria al punto

«en busca suya, hasta el infierno mismo».

«Con Agenor de Mauleon, señora,
accontad por siempre como fiel amigo.»
(Representa.) Como estos pliegos recoger pudiste?

AB. Porque yo a todos con cautela espío;
y doña María el confidente
un árabe muy fiel lleva consigo...
que después volvió sola, porque al otro...
le mató... no sé quien, en el camino.
Así les pude ver, y así llegaron
luego a sus dueños, por mandato mío,
tomando copias que hoy os patentizan
de esta trama sagaz todos los hilos.
PED. El día siete se escribió este pliego,
y ya el plazo espiró...

AB. Vivid tranquilo,
que volará inocente la paloma,
su senda perdura, y en este nido
reposará feliz y satisfecha.
En tanto, en el pálcido retiro,
libre de su rival, doña María
descansa de los celos que ha sufrido.
PED. Pero Zoraida á ese francés conoce;
le ama, le busca, arrostra los peligros
por llegar á su lado; y la pintabas
de pureza y candor raro prodigio!

AB. De pureza y candor es un modelo:
limpia de mancha, como el blanco armiño,
el alma de Zoraida se mantiene,
por más que atente á su virtud el vicio.

PED. Pero Zoraida, de otro amor herida,
nunca podrá pagar el amor mío.

AB. Halagos y promesas, y ocasiones,
rinden el corazón endurecido.

PED. La mitad de mi reino á tus alanes
ofrezco dar, si tanto bien consigo.

AB. Jamás podréis tan grande recompensa
con mas justicia dar á mis servicios.
(Sale un oficial castellano por el foro derecha; al ver
al rey se detiene.)

ESCENA IV.

D. PEDRO, AB-DEL, un oficial.

OF. Señor!... (Cielos, el Rey!) No sé si debo...

PED. Hablad!

AB. Seguid; no estáis remiso.

OF. La misión que os dignásteis confiarme,
del modo que ordenásteis se ha cumplido.
En poder nuestro se halla ya la dama.

AB. Que entre inmediatamente en el castillo.
(Se va el oficial.)

ESCENA V.

DON PEDRO, AB-DEL.

PED. Es mi Zoraida, Ab-del?

AB. Quién ser pudiera?...

PED. Oh! que sumo placer!... Gracias, Dios mío!...
Esta es la vez primera de mi vida
que entre miedo y placer, temblo y respiro!

AB. Tranquilízate el corazón vehementemente:
disponed á oír quejas vuestro oído...
la indignación revelará en sus ojos,
y calmarlo, señor, será preciso.

Todo lo vence el tiempo y la constancia;
que es vuestra os dije ya, y os lo repito.

(Suena un clarín, dando la señal de recepción en el
castillo. Los dos corren á las ventanas del foro en
la galería.)

PED. Ya llega! Quiero verla!... Es ella!... Es ella!...

Quién puede ya arrancarla á mi dominio!
(Vuelven á entrar en el salón, y se quedan al dintel
de las puertas del foro, para recibir á la que espe-
ran. Por la derecha del foro sale Zoraida, asida de
la mano de doña María, que viene cubierta con un
largo manto. Cuatro oficiales que las siguen, se
quedan en la parte exterior, y se retiran luego que
han entrado las damas.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, AB-DEL, ZORAIDA y DOÑA MARÍA.

PED. Zoraida bella, perdonad, os ruego,
si enfadosa sorpresa os ha aligado.
Permitidme que os dé la bien venida,
y el saludo admitido de vuestro amigo.
(Doña María se echa atrás el manto, descubriendo el
rostro.)

MAR. Y no merezco yo que me salude
un caballero, á damas tan cumplido?

PED. María!...

AB. (La Padilla!... Ojalá el gobierno
nos trae esta mujer, para martirio!)

(Pausa.)

MAR. Hablad, señor!... O nos negais acaso
un hospedaje de nosotras digno?...
A unas damas errantes no concede
el Rey don Pedro, generoso asilo?

PED. (Con sarcástico tono me avergüenza,
y estoy en su presencia confundido!)
Sígueme, Ab-del.

(Se va por la puerta segunda de la derecha.)

AB. (Ella ha olvidado
que su astucia sagaz vende conmigo.)

(Sigue á D. Pedro.)

(Zoraida se echa en brazos de doña María, y ambas,
abrazadas, volviendo la vista y fijando el oído hacia
el sitio por donde fueron D. Pedro y Ab-del, perma-
necen los cortos momentos que se necesitan para
perder el ruido de sus pasos.)

ESCENA VII.

ZORAIDA, DOÑA MARÍA.

ZORAIDA. No me abandoneis, señora!

MARÍA. Nada temas, hija mía,
que desde hoy doña María
es tu madre y protectora.
Aun tengo poder bastante
para frustrar los intentos
de esos dos lobos hambrientos,
que huyen al ver mi semblante.
Nunca la traición es fuerte,
ni se humilla la nobleza;
yo, con tesón y firmeza,
velaré aquí por tu suerte.

ZORAIDA. Y la vuestra no os apura?

MARÍA. Pues quién tan osado fuera
que contra mí se atreviera?...

Nadie; nadie; estoy segura.

(Farfan sale por la puerta derecha, y saluda con res-
pego.)

ESCENA VIII.

DOÑA MARÍA, ZORAIDA, FARFAN.

FARFAN. Señora!... pido perdón...

MARÍA. Qué el buen Farfan nos reclama?...

FARFAN. Rogar á esa noble dama,
me siga á su habitación.

(Zoraida se abraza á doña Maria.)

ZORaida. (Señora!..)

MARÍA. (Confía en mí.)

(Doña Maria pasa delante de Zoraida, y esta va á sentarse en los almohadones que están junto al divan. Acaba de anochecer.)

Decid al que os ha enviado,
que ambas hemos acordado
quedarnos juntas aquí
Que, aunque está desahogada
de su antigua ostentación,
tengo ley á esta mansión,
y que á las dos nos agrada.
Y ya que aquí no hay ahora
cien cortesanos, como antes,
siempre á servirme aspirantes,
vos lo hareis.

FARFAN. Mandad, señora.

MARÍA. Mi vajilla necesito.

FARFAN. Como á pasar temporada
no vino el rey, aquí nada
trajeron... Siento infinito!...

MARÍA. Pero un rey hospitalario,
como don Pedro, en su casa
no querrá ponernos tasa.

FARFAN. Manda vuestra señoría,
que, lo mismo que antes, hoy
un criado vuestro soy.

MARÍA. Farfan, refrescar quería.

FARFAN. Os voy al punto á servir.

MARÍA. Y traedme, de camino,
una hoja de pergamino
y recado de escribir.

(Farfan saluda, y se va.)

ESCENA IX.

Doña MARIA, ZORaida.

MARÍA. Dónde están tus servidores!...

Dónde tus damas y pajes;

y entre floridos ramajes

tus músicos y cantores!...

Donde el rey batallador

venga á poner á tus pies

su fuerte y brillante arnés

de la guerra triunfador!...

Aquí reinaba el placer,

la riqueza y la hermosura;

y hoy sola, mezquina, oscura,

la alegre mansión de ayer!...

Una débil esperanza

alimenta el alma mía;

cuando ya no me sonría,

me animará la venganza,

(Sale Farfan con dos bajas, que coloca sobre la mesa.

Detrás dos esclavos, el uno con dos fuentes de plata

que contienen frutas en dulce; otro, con dos copas

del mismo metal y dos botellus, una con vino y otra

con agua. Los esclavos se van en cuanto dejan los

efectos que han traído.)

ESCENA X.

ZORaida, Doña MARIA, FARFAN.

FARFAN. Manda mas vuesañoría?

MARÍA. La mitad se os ha olvidado,

de lo que antes he mandado...

Dónde está la escribanía?

FARFAN. Perdonadme... no es olvido...
pero el canciller no está,

y el pergamino tendrá
en el coltre real metido.

MARÍA. Comprendo!... Gracias, Farfan;
cumpliste tu obligacion...
vete... (Sufre, corazon,
los desdenes que te dan!)
(Farfan saluda, y se va.)

ESCENA XI.

Doña MARIA, ZORaida.

MARÍA. Huyes de mí?...

(Zoraida se levanta, y corre hacia su amiga.)

ZORaida. Ah!... no señora!...

Mandadme, doña Maria.

MARÍA. Llena una copa, hija mía:
tengo sed abrasadora.

(Doña Maria se sienta en el divan, cerca de la mesa.

Zoraida llena una copa de vino, se la dá, y doña

Maria bebe maquinalmente.)

ZORaida. Con mucho gusto... bebed.

MARÍA. Agua!... agua, por Dios, te ruego;
que este vino aumenta el fuego,

lejos de apacar la sed.

(Zoraida llena una copa de agua y se la ofrece. Doña

Maria, despues de beber, se levanta.)

Oh!... yo pierdo el tiempo aquí.

quiero al Rey la confesion

arrancar de su traicion,

ó hacerle volver en sí.

Zoraida; tú, pura y bella,

que en tu cándida mirada

dejó el alma retratada

cuanto hay recatado en ella,

responde, compadecida,

á esta infelice mujer...

¿has llegado á comprender

el orgullo, en esta vida?

Has tenido vanidad?...

La ambicion te ha fascinado?

Has, por desgracia, envidiado

mi dicha y prosperidad?...

De tu palabra, pendiente

está ahora mi destino...

De ese encuentro repentino

eres, Zoraida, inocente?...

Dime; no lo sospechab?...

A ese Haliz no conocías?...

No te dijo, no sabias

que á este sitio caminabas?...

ZORaida. Será posible, señora,

que vos abriguéis tal duda?...

La que mi pasión escudal...

Mi amiga!... Mi protectora!...

Vos que llevarme queríais

á los brazos de mi amante,

que fáltle á mi fe constante,

por ambicion, creerías?...

MARÍA. Ah! sí; tu inocente calma

mi fiera inquietud desecha...

No cabe tan vil sospecha

en la pureza del alma!

La mia en fiera tortura,

por combates mundanales,

siempre augura nuevos males;

nunca en el bien se asegura.

ZORaida. Yo no soy harto elocuente

para poder persuadir...;

yo no sé cómo deciros

lo que mi corazon siente.

Mas, juro por el Dios vivo
que a este mundo da la ley,
que no ha de vencer el Rey
este corazón altivo.
Que desmaye no temáis:
no faltará en el castillo
un acero, ó un anillo,
como ese que vos lleváis.

(Doña Maria esconde la mano con rapidez entre los
pliegues del manto.)

MARIA
ZORAIDA

Como el mío...

Os sorprendeis? ..

Sé que vivís prevenida,
y que perderéis la vida
si a vuestro dueño perdeis.
Si obráis así vos, señora,
que habéis nacido en España;
en mi este rasgo os estraña,
tan propio en la raza mora!..
No tendré menos valor:
decidida está mi suerte...
Para don Pedro mi muerte;
mi vida para Agenor.

MARIA.

Enviable proceder!..
Si al amor propio atendiera,
tu noble ejemplo siguiera,
que así lo dicta el deber.
Si: yo debiera morir;
viendo mi favor perdido;
porque se han desvanecido
mi gloria y mi porvenir...
Mas quien luego velaría
por la suerte de mi amante?...
Que, aunque ingrato é inconstante,
le adoro mas cada día!
Quién su guarda habrá de ser?...
A dónde están sus amigos?...
Solo se ven enemigos
que le asedian por dō quier.

Tú, á ninguna seducción
cederás; tranquila estoy.
Mi afán será desde hoy
hacer frente á la traición.
Ahora empieza mi campaña:
si Dios proteje mi plan,
antes del día se harán
cambios que asombren á España.

ZORAIDA.

Doña Maria, por Dios,
templad vuestro frenesí;
pensad que no tengo aquí
confianza mas que en vos.
Pensando estaba lo mismo;
que ya en la desgracia unidas,
en nuestras almas queridas
no puede haber egoísmo.

MARIA.

Descansa; que al Rey veré,
y con sus propios colores,
los enemigos traidores
del trono le mostrare.

Le echaré en rostro la gloria
que logré de los contrarios,
porque amigos mercedarios
le alcanzaron la victoria.
Sabrá que los castellanos
huyen de él avergonzados,
por no mirarse mezclados
con guerreros mahometanos.
Entra en esa habitación,
que yo pronto volveré.

ZORAIDA.

Solá. No... con vos iré! ..

MARIA.

A ver al Rey! ..

ZORAIDA.

Ah!... Perdon! ..

MARIA.

Tranquila, al sueño te entrego.
No hay sueño donde hay tormento!
Pues en tu recogimiento,
á Dios por mi triunfo ruega
Si le alcanzo venturoso,
de aquí al punto partirás,
y segura volarás
á los brazos de tu esposo.

(Por una ventana de las que hay en la galería del
foro, aparece la cabeza de Hafiz, entre las ramas de
los árboles. Escucha y observa con mucha atención.)

ZORAIDA.

Gracias; dejadme besar
vuestra mano bienhechora. (La besa)

MARIA.

Adios, Zoraida. (La abraza)

ZORAIDA.

Señora,
que Dios os haga triunfar.

(Doña Maria se va por la puerta segunda de la derecha,
y Zoraida por la izquierda, que cierra tras de
sí. Hafiz entra cautelosamente en la escena; escucha
primero por una y luego por la otra puerta, y en se-
guita vuelve á la ventana del foro. Ayuda á subir
por ella á Ab-del-Motri.)

ESCENA XII.

AB-DEL-MOTRI, HAFIZ.

AB-DEL.
HAFIZ.

Qué hay, Hafiz?...

Doña Maria

á don Pedro corre á hablar,
y, segun pude escuchar,
sinie-tra intencion la guía.
Al arabe quiero mal,
y su esterinio ha jurado.

AB-DEL.

Por que, di, no has atajado
su paso con tu puñal?...

HAFIZ.

Señor!... (humillándose.)

AB-DEL.

Oh!... somos perdidos! ..

HAFIZ.

El Rey ama á esa mujer,
y al fin le habrá de vencer,
si dá á su razon oídos.
Ya no se puede impedir
que hable al Rey la altiva dama;
pero yo, por la ventana
su plática puedo oir.

(Observa por todas partes)

A nadie en vela se vé;
bajo al patio, y diligente,
como rastrera serpiente,
la columna trepare.

AB DEL

El Profeta te ha inspirado!..
Corre, Hafiz, corre al momento,
y no pierdas un acento.

HAFIZ.

Desdunidad.

(Hafiz se va por donde entró. Ab-del queda satisfecho
y mirando á la puerta por donde salió doña Maria
dice.)

AB-DEL.

Aun no has triunfado.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoración, con todos los objetos del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

AB-DEL-MOTRI aparece sentado; se levanta, va al foro,
y observa por la galería. Vuelve á la puerta secreta
y escucha cortos momentos.

AB. Mucho Hafiz se retarda!... La impaciencia no puedo resistir... Oh! Qué tormento!... El corazón me late con violencia, cual nuncio de fatal presentimiento. Temes, Ab del, tan débil enemigo?... Débil!... Oh!... No, que por la astucia es fuerte!... Si alejarla del Rey hoy no consigo, cierto es su triunfo y mi afrentosa muerte.
(Hafiz entra en la escena saltando por la galería del foro.)

ESCENA II.

AB-DEL, HAFIZ.

HAF. Señor, señor!...

AB. Hafiz! ..

HAF. Esa cristiana

de traidor os acusa ante su Alteza; denuncia de Zoraida acción liviana, y la demandado al Rey vuestra cabeza

AB. Livianidad en Zoraida!... Hados fatales!

De qué su torpe lábio la ha acusado?...

HAF. «La ligan á Agenor lazos nupciales,

«dijo al Rey, y su padre os la engañado.»

Pruebas pide D. Pedro enfurecido.

«Probar, señor, mi acusación me toca,

«dice doña María; á vuestro oído

«la confesión hará su propia boca.

«La hija del moro Ab-del, no de un rey moro,

«como os lingió la intriga maliciosa,

«por la que dais el nacional decoro,

«es de Agenor de Mauleon esposa.

«Ab-del os vende: vuestro honor mancilla:

«desmembra vuestro ejército cristiano;

«fragua vuestra cadena, y en Castilla

«quiere alzar el pendón Mahometano.»

Ya llorosa, ya altiva, ya insinuante,

consigue de D. Pedro ser creída;

que á Zoraida á buscar vendrá al instante,

y de su lábio pende vuestra vida.

AB. Yo evitaré su peligroso intento...

Tú en el jardín, perenne centinela,

el oído á mi voz tendrás atento,

y con ojo avizor observa y vela.

(Hafiz saluda y se va por la misma ventana de la galería por donde entró)

ESCENA III.

AB-DEL, escucha; primero en la puerta secreta, y luego en la que da entrada á la habitación de Zoraida.

No temas, corazón: late sereno;

muéstrate ahora, como siempre, fuerte...

(Saca un pomo y derrama el líquido que contiene, en la copa donde antes bebió doña María)

Preparado en la copa está el veneno ..

(Empuñando la daga.)

Preparada en mi daga está la muerte.

(Prestando oído á la puerta secreta.)

Oigo pasos!... Si, si; no hay duda, es ella...

Astuta cortesana, verás luego

si eclipsas tú mi bonancible estrella,

ó al rayo de sol apago el fuego.

(Se oculta tras de las columnas del foro. Sale doña María por la puerta secreta, y se deja caer en el sillón que está junto á la mesa.)

ESCENA IV.

DOÑA MARÍA, AB-DEL, oculto.

MAR. Echada está la suerte, y me estremezo!...

Tendrá resolución la joven mora para decir al Rey, yo no es merezca, hay otro ser á quien mi pecho ágora!... Si, la tendrá; confío en mi ascendiente sobre su corazón, y así, intimidado, el Rey castigará por delincuente contra el honor del trono á su privado. Es fuerza terminar: arde mi frente; horrible fiebre el corazón devora!... Oh! Si apagar este volcán ardiente pudiera esta bebida bienhechora!

(Bebe de la copa en que Ab del derramó el líquido.)

Cómo siento el benéfico rocío mis venas refrescar, dando consuelo!...

(Se levanta y se siente desmayar.)

Oh Dios! Qué es esto!... Repentino frío me oprime el corazón... Mi sangre es hielo!...

Esta mortal angustia!... No advino...

Oh! Si; traicion!... Traicion! Estoy perdida!...

Zoraida!... Amigo!...

(Discurre trabajosamente por la escena esforzando la voz. Ab-del sale precipitadamente, y asiendo la de un brazo, quiere obligarla á callar. Ella lucha por desasirse. Ab-del trata de taparla la boca con el pañuelo que la ha arrancado de la mano, y salen entrecortadas de los labios de doña María las últimas palabras. Ab-del, sin soltar á su víctima, apaga las luces.)

AB. Calla! ..

MAR. Oh!... Asesino!...

AB. Tú quisiste jugar vida por vida.

MAR. Aquí, D. Pedro!... Guardias!... Ah!... Verdugo!...

(Cae exánime en el sillón.)

Yo muero!... Dios! Pedra!

(Zoraida sale precipitadamente de su habitación; pero vacila en la oscuridad, hasta que, discurriendo al azar, toca en el cuerpo de su amiga.)

ESCENA V.

AB-DEL, DOÑA MARÍA, ZORADA.

ZOR. Señora! ..

AB. Es ella!...

(Zoraida toca á doña María, y en aquel momento, Ab-del la sujeta el brazo, la arranca el puñal que lleva en la cintura y la hiere con él en el hombro. Zoraida se desmaya y cae en tierra.)

ZOR. Doña María!... Ay!...

AB. A Alá le plugo;

destino fué de mi malita estrella.

(Ab-del busca la mano izquierda de doña María, abre el anillo que lleva en el dedo, figura derramar el veneno que encierra, y vuelve á cerrarle. En seguida pone atención; cree oír pisos por el interior de la puerta secreta y se va precipitadamente, sin oír que se halla oscura la escena, por la segunda puerta de la derecha. D. Pedro sale por la puerta secreta.)

ESCENA VI.

D. PEDRO, DOÑA MARÍA, ZORADA.

PED. Qué oscuridad!... Por Dios, que no esperaba encontrarlas tan pronto recogidas!...

María prometió que en este sitio

esta noche Zoraida me hablaría.

Oh! Si su enlace criminal declara,

mortal sentencia contra Ab-del fulmina.

Yo no debo esperar; ya me devora

la incertidumbre que mi pecho agita.

(Se dirige hacia la puerta de la izquierda, y á su paso)

trepieza con el sillón en que descansa el cuerpo de doña María. El Rey la toma una mano y toca después su frente.)

¿Qué es esto!... ¡Ira de Dios!... Es un cadáver!...

Un rostro helado... ¡Sí!... Cielos!... María!...

(Se dirige á la puerta derecha, llamando con esforzada voz.)

Guardias!... Ab-dell!... ¡Fañan!... ¡Luces!

el Rey os llama; acudid!... Me ahoga la ira!...

ESCENA VII.

Los de la anterior, y Ab-DEL, FARFAN, DON TELLO, OLIVERIO, HISEM. Pajes con luces. Guardias con los aceros en las manos.

AB. Sois vos, señor?...

VARIAS VOCES. El Rey!...

(D. Pedro toma una antorcha, se acerca al sillón de doña María y ve entonces á Zoraida.)

PED. ¡Por Jesucristo!...

Venid, mirad!... ¡Oh! Suerte impía!...

Muerta también Zoraida!... Los infiernos desatan su poder contra mi dicha!

AB. Muerta Zoraida!... ¿Que decís, D. Pedro!...

PED. Muertas las dos... ¡Vid sarraceno, mira! *(D. Pedro, asiendo del brazo, le empuja entre ambos cuerpos.)*

AB. La Padilla!... Zoraida!... ¡Alá me valga!

(Se arroja junto á Zoraida, y exclaman los cortesanos:)

CORTESANOS MUERTAS!...

AB. *(Mirando con rencor á doña María.)*

¡Oh! Traición!... Mujer malita!

PED. A quién llamas traidor, cuando tú solo pudo aquí cometer tal villanía?...

AB. ¿Casadme, señor; eso merece quien, cual yo, por su Rey se sacrifica!...

Triste consuelo, al ver correr la sangre

del bello vástago de mi gran Califa!...

Yo el ofendido soy, quejarme debo,

y mi ahogado dolor aun os indigna!...

PED. ¿Quejarte tú?... De qué?...

AB. De que estoy viendo

el horrible puñal con que hirióse

el pecho hirió de mi Zoraida bella

la celosa y cruel doña María.

Veidlo, señor; sangriento ante sus plantas

es el acusador de su perfidia;

y aun me parece ver que de sus manos

la crispatura cede y se desliza.

PED. Será cierto?... María!... No; imposible!

No ha muerto ella también?... Y no se pinta

la malignación en su semblante livido!...

¿Quien la dió muerte?...

AB. ¿Queréis que yo os lo diga!...

Yo, que en mi lecho reposando estaba;

que á vuestra voz de puerto, y con gran prisa

corro hasta vos, y vuestro propio lábio

me da el primero la fatal noticia!...

PED. Dios mío!... ¿Qué recuerdo!...

(D. Pedro toma la mano de doña María, abre la sortija y la ve vacía.)

Desgraciada!...

El tósigo mortal de su sortija

bebió su sangre; que su amor inmenso

sufrió no pudo la inconstancia mía.

AB. El orgullo y los celos la mataron:

no su vergüenza; con feroz perfidia.

PED. Respeto e-e cadáver, descreído,

ó tu lengua mordaz hará ceniza.

AB. Perdonadme, señor, ella ha des-hecho

la mas bella esperanza de mi vida;

la perla de inocencia casta y pura

que en la mansion de Alá radiante brilla!

PED. ¡Pero traidor, aun su cándida ensalzas!...

¡Pretendes engañarme todavía,

cuando sabes, cual yo, que su pureza

llevó su amante tras de sí hecha trizas!

AB. Zoraida deshonrada!... ¡Atroz calumnia!...

¿Quién se atrevió á decir...?

PED. ¿Quién no mentía:

la mujer que tu encuentro ya no teme;

la que me reveló tu torpe intriga.

AB. ¿Que extraño que emplease la calumnia

quien mata por vengarse, y se suicida?...

PED. No calumniaba, no, cuando invitaba

la falta á oír de la culpable misma.

AB. Mas cuando vió imposible que una mora

se deshonrase con atroz mentira,

mata milisana, y orgullosa muere

primero que volver á vuestra vista.

Aun me acusas, señor!... En la loca ostia

de la amante celosa y vengativa,

en aras de su amor, verted mi sangre, y

premiad así mi lealtad misma!

(A los cortesanos.)

Y vosotros, señores, que lestigos

sois de mi humillación y mi desdicha,

como en la lid lo fuisteis de mi arrojo,

la recompensa ved de mis fatigas.

(Se arroja y toma la mano de Zoraida.)

Tú, inocente paloma, que el Aleazar

del grande Alá, por tu virtud habías,

recibe el llanto que del alma vierte

que en el mundo te sirvió de égida!...

Es ilusión!... No... no!... Un prodigio!...

Un prodigio, señor; ella respira!...

Zoraida vive!...

PED. Vive!...

AB. Estoy cierto:

el pulso late; el corazón palpita.

PED. A un médico llamad; que venga al punto!

AB. Deteneos!... Señor, la raza mia

no consiente que manos nazarenas

toquen el cuerpo de la casta víctima;

á la ilustre doncella sarracena

mi mano sola de tocar es digna.

PED. ¡Sálvala, Ab-del; oiría necesario.

AB. La oiréis, si señor; quiero que viva;

ella hará la defensa de su honra,

y así, radiante, brillará la mia.

PED. Prepara, Tello, sepultura honrosa

a la mujer que amé mas que á mi vida.

(D. Tello señala á cuatro escuderos el sillón en que

yace doña María, y se van con él por la puerta de-

recha. Todos los demás de la serridumbre siguen

detrás.)

Hablar quiero á Zoraida, Ab-del, comprendes?...

Cuando recobre la palabra, ¡avisa.

(Ab-del se inclina, y D. Pedro se va por la misma

puerta que lo hicieron los anteriores. La estancia

queda con luces.)

ESCENA VIII.

AB-DEL, ZORADA.

AB. Te avisaré si cedo á mis deseos;

si lo... que Alá su confesión reciba.

(Se arroja detrás de Zoraida, y la hace aspirar una

esencia, que la hace volver en sí poco á poco.)

El hombre hirió el puñal muy levemente;

bien pronto sanará.

Zor. Ay!...
Ab. Vida mia!...

Zoraida!...
Ab. Dónde estoy?...
Alza la frente;

vuelve á tu tierno padre la alegría,
que pesaroso en tu dolor se siente,
y una palabra de tu labio ansia.

Zor. Tránsito siento el corazón!... Helado!...
Respiro apenas... y un dolor... Que es esto!...

(Se toca el hombro herido, y con un esfuerzo logra levantar. Ab-del la sostiene en sus brazos.)
Herida!... Herida estoy!...

Ab. Pierde cuidado;
tu leve herida sanará muy presto.

Zor. Pero quién contra mí su brazo airado
ha osado levantar?...

Ab. Nombre funesto
fué siempre para mí; y hoy, mas que nunca,
á pronunciarle el lábio se resiste.

Zor. Quién fué?... Decid, decid!...

Ab. Doña Maria.

Zor. Imposible, señor!...

Ab. No la creiste

capaz de tan inicua villanía!...
Pobre inocente!... Mal la conociste!...

De tu virtud celosa, y tu belleza,
separarte del Rey fué su deseo
y deshonrarte quiso con vileza.

No pudiendo cubrir con baldon feo,
por la frustrada fuga, tu pureza,
clandestino te acusa un himeneo.
El Rey D. Pedro tu beldad adora
y á su sôllo real quiere ascenderle,
siendo tu esclavo él, tú su señora;
y no pudiendo tu rival perderte,
ni sierva ser de nuestra raza mora,
después de herirte cruel, se dió la muerte.

Zor. Ella muerta!... Mi amiga!... Mi esperanza!...

Vos, vos culpable sois; sí, yo os acoso!...
Que venga el Rey y esgrima su venganza;
que su amor y su trono yo rehuso;
que unida estoy de amor por alianza;
que mi enlace Maria no supuso;
todo esto le diré, y que yo prefiero
de mi adorado esposo una mirada,
al rey que dominará el mundo entero.

Ab. Calla, infeliz!... Tú!... Tú, predestinada
á entregar á tu ley al pueblo ibero,
á un nazareno vil verte postrada!...
Tú, pudiendo enalzar el poderío
de tu raza y tu Dios, siendo señora
de Castilla y su Rey!...

Zor. El pecho mio
al mismo Dios adorará que adora
el que es dueño y señor de mi albedrio.

Cristiana soy; sábelo desde ahora.
(Ab-del, asiendo del brazo furiosamente.)

Ab. Tú, maldita mujer!... No, no; insensato!...
Lo que digo no se... Pobre criatura!...
Perdona de mi celo el arrebatado!...
Ven conmigo, Zoraida, y pronta cura
aplicará á tu herida mi conato;
que ciega tu razon la calentura.

(Se la lleva por la puerta izquierda. Muzaron salta por la ventana de la galería del foro; reconoce cuidadosamente la escena y vuelve á dar aviso á su amo, que entra por el mismo sitio despues.)

ESCENA IX.

MUZARON, y á poco AGENOR.

Muz. Subid, señor.

AGE. A nadie has divisado?

Muz. Nadie se vé; pero cercano ruido
por ese corredor he advertido;
(Señalando a la puerta derecha)

debemos caminar con gran cuidado.
AGE. Inútil precaucion; jugado habemos
llegando aquí, cuanto arriesgar po lemos.

Muz. Matando fue la entrada; á la salida,
si el cielo no protege nuestra suerte,
tambien, señor, asistirá la muerte.

AGE. Tiemblas ahora?...

Muz. Ni ahora, ni en mi vida

he sabido temblar; y si otro osára
hacerme esa pregunta, le matare.
Vos sois testigo de mi serenidad y mi entereza
Tembló mi mano en el vecino muro?...
No fué mi dardo al musulmán, seguro,
que velaba el jardín con sotileza?...

AGE. Con gusto, Muzaron, temblar te viere,
yo, que siento el temor por vez primera.
Aquí Zoraida está, bajo este techo,
el áura respirando que respiro;
el alma la sintió y en un suspiro
volando fué á sus pies desde mi pecho.
Sin alma estoy, y el pánico me aterra;
yo, que el laurel de cien batallas cuido,
temblando voy como inocente niño
tras aquel corazón que mi á una encierra!...
Zoraida, dónde estás!...

(Voz de Zoraida dentro, y ruido de pasos por la puerta opuesta. Un momento de pausa, en que los dos fijan su atención por opuestos lados)

Zor. Ay!...
AGE. Has oído?...

Muz. Pasos siento, señor, por este lado!...

AGE. Es ella, Muzaron!... No me he engañado.
Por aquí...

(Quiere entrar en el aposento de Zoraida. Muzaron se interpone y le arrastra en pos de sí hasta ocultarse en el fondo de la galería.)

Muz. No, por piedad, ó todo se ha perdido.

(Al mismo tiempo que sale D. Pedro por la puerta derecha, se presenta por la izquierda Zoraida huyendo de Ab-del, que la sigue con un puñal en la mano. D. Pedro se interpone entre ambos; Zoraida se arroja á sus pies. Ab-del guarda el puñal y queda confundido en presencia del Rey.)

ESCENA X.

ZORAIDA, D. PEDRO, AB-DEL-MOTRI.

PED. Qué es esto, Ab-del!... Por qué, Zoraida bella,
te presentas tan tímida á mis ojos,
y marcas en la atmósfera húmeda huella,
si órdenes para mí son tus antojos?...
Reina del Rey, que en tu belleza adora,
levanta ya del suelo la rodilla;
que no humillarse de la señora
que ansioso espera el trono de Castilla.

Zor. No, D. Pedro, jamás! Es imposible...
No aumentéis de mi padre la violencia;
que á vuestro amor me manda ser sensible,
y aminorar cruel mi resistencia.
Ese amor, ese trono, esa grandeza
que ofrecéis generoso á mi albedrio,
rehusar me aconseja la nobleza

que guarda con orgullo el pecho mío.
Vos, caballero sois; de vos reclama
protección esta debilitadura,
que ya no os puede amar, porque otra llama
arde de amor aquí, constante y pura.
Ligada al hombre que idolatra el alma
por lazos que el amor ha consagrado,
de mártir me podéis ceñir la palma
sin que haya su memoria profanado.

PED. Tranquiliza, Zoraida, tus temores;
que no cruel me verás, si justiciero,
castigo dando á infelices servidores,
y amparándote á ti cual caballero. *(Pausa.)*
Ya o ste, Ab-del, que sin forzar su labio,
esa declaración que hizo María,
Zoraida repitió... No por agravio,
por celos ni rencor ella mentía.
Ni el veneno guardado en su sortija
pudo precipitar en sus entrañas,
ni atear á la vida de tu hija!...

ZOR. Ella!... No, no!...

PED. Ya lo oyes... Tú me engañas!...

AB. *(Perdido soy!)*

PED. Zoraida, retirada
descansa en tu aposento y vé tranquila,
que ya del gavián la furia airada
la paloma calmó; su bien vigila.

*(D. Pedro acompaña á Zoraida á su aposento. Ab-del
les observa abstraído en sus pensamientos, hasta que
llama su atención Hisem, que sale por la puerta de-
recha.)*

ESCENA XI.

AB-DEL, HISEM.

HIS. Señor, el bravo Haliz, ese soldado
que en la paz y en la guerra os ha servido,
traidoramente ha sido asesinado!...

AB. ¡Haliz!... Mientes, Hisem!...

HIS. No os he mentido.

AB. Venganza, Hisem!... Venganza aterradora!...

Triunfemos de una vez de esos cristianos,
que con ingratitud vil y traidora
pagan nuestros auxilios mahometanos.
Nuestras guardias reúne, y de improviso
siembren la muerte en la cristiana gente;
y perdamos las vidas, si es preciso,
primero que humillar la altiva frente.

(Hisem se va con precipitación.)

Echada esta la suerte; no me arredro;
si propicia me asiste la fortuna,
hoy á la tumba baxará D. Pedro,
y en Castilla alzaré la media luna.

*(Sale D. Pedro, da algunos pasos hacia Ab-del y se
queda contemplándole breves momentos.)*

ESCENA XII.

AB-DEL, D. PEDRO.

PED. Cuenta vengo á pedir á un privado
de la fidelidad con que servía
á su Rey y Señor; pero tú espero
que su traición disculpe y su perdidia.
Quiero al momento conocer el nombre
del asesino vil de la Padilla;
quiero rasgar el velo que le encubre,
y quiero hacer patente mi justicia.

*(Ab-del se inclina dando muestras de ignorar lo que le
pregunta.)*

Pero traidor!... Con el servil silencio
ante tu arado juez te justificas!...

AB. Y qué queréis que en mi favor alegue
que de vuestro rencor calme la ira?...
Ignorante me hallaba de ese lazo
que reveló con candidez sencilla
la inocente Zoraida, é ignorante
de la fatal pasión que su alma abriga.
De la muerte, señor, de vuestra dama,
el arcano mi mente no adivina,
y mi labio leal, solo responde
si la conciencia y convicción le guían.

PED. Hipócrita malvado! No conoces
que tu falacia mas y mas me irrita?...
Pretendes engañarme nuevamente
cubriendo tu maldad con la farsa?...
No lo conseguirás: tu hora ha llegado;
la sangre que vertistes, homicida,
tu sangre está pidiendo, que á mi oído
un eco funeral, venganza, grita.

AB. Cuando, señor, mi mano se ha manchado
sin orden vuestra?... Señalad la víctima...
De D. Fadrique y doña Blanca, fuisteis
verdugo solo vos; yo la cuchilla.

PED. Ah!... Pero descreído, ¿asas aleva,
para castigo á la memoria mía,
traer esos espectros inmolados
á tus consejos en fatales días?...
Calla, lengua infernal! Oh! Quién hallara
tormentos que calmasen mi avaricia
para hacerte penar, y recrearme
prolongando con ellos tu agonía!...

AB. Si vos no los hallais, yo, afortunado
mas que vos, los hallé, Rey de Castilla;
y gozo en la amargura que os devora,
primero que quitaros trono y vida.
(Desenrolla su daga y amenaza al Rey.)

Preparate á morir...

PED. Traidor cobarde!...
*(Zoraida sale con precipitación de su estancia y se in-
terpone entre los dos. Ab-del la rechaza violenta-
mente.)*

ESCENA XIII.

AB-DEL, D. PEDRO, ZORAIDA.

ZOR. Señor!... Señor!... ¿Qué haceis!...

AB. Aparta, quita;
la hora llegó del triunfo y la venganza;
Alá con su poder mi brazo asista.
Orgulloso león, del tigre airado,
que mano ya te arrancará?...

*(Va á herirle; D. Pedro se retira hacia el foro y sale
Muzaron, que se interpone entre los dos, haciendo á
Ab del con la daga que trae en la mano. Despues se
presenta Agenor con su espada desnuda.)*

ESCENA XIV.

Los de la anterior, MUZARON y AGENOR.

MUZ. La mía!...

AB. Ah!... Muerto soy!...

PED. *(Corriendo á la puerta derecha.)*

¡Mis guardias, acudid!...

AGE D. Pedro, no temas!...

(Zoraida le reconoce y se precipita en sus brazos.)

ZOR. Ah!...

AGE. Zoraida mía!...

*(Ab-del, herido y desesperado, llega trabajosamente
al sillón y se deja caer en él.)*

AB. Maldición!... Maldición!... Ella en sus brazos,
y el mio sin vigor!... ¡Hora maldita!...

PED. Con qué intencion entrásteis, estranjeros, lurtivamente en mi castillo?..

ACE. Oídla.

Amigo fui del noble D. Fadrique, y á su servicio hallábame en Coimbra, cuando el pérido Ab-del, por órden vuestra, a invitarle llegó, y partió á Sevilla. Ya sabéis lo demás!... Ah! á Zoraida vi, por primera vez, y el alma herida se sintió de su amor, amor constante que nunca olvidaré; juró ser mia; Dios escuchó su santo juramento, pero de ella el destino á huir me obliga. Devolverla á mi amor me prometieron, y al cumplirse la trégua prometida sin que á Z. raida viera, á Búrgos corra, recibo allí de su mansion noticia; en alas del amor y de los celos llevo al castillo, y con la ayuda amiga de mi escudero fiel, asalto el muro que da al jardín; y en esa galería, oculto breve rato, he descubierto de ese moro traidor la alevosía.

(Voces dentro de muera D. Pedro, viva Ab del-Motri, y otras en contrario sentido. Ruido de armas que se aumentan progresivamente.)

Oíd, oíd, señor; por sus secuaces vuestras guardias han sido sorprendidas.

PED. Generoso francés, tuya es Zoraida, y mi fiel amistad.

AB. Rey de Castilla, con qué derecho, contra mi mandato, le concedéis la mano de mi hija? .. Es vuestra esclava acaso? ..

PED. Tú, su padre?...

Vil impostor, la rama esclarecida del bravo Mahomet, rey de Granada, pretendes envolver en tu mancha!...

ACE. No es tu padre, Zoraida!...

ZOR. No es mi padre!...

AB. Oh! Castigo cruel de mi avaricia!...

(Creer en las voces.)

Lidíad, soldados!... Alcanzad el triunfo y vengad el dolor de mi agonía! ..

PED. No triunfarán, que á esterminarlos corro!

ACE. Tomad, señor, mi espada; y si mi vida en la contienda os fuese necesaria, con mi brazo contad.

PED. Quién cuidaría

en tanto de tu esposa, si la suerte no quisiera esta vez serme propicia?... Sé su guarda, Agenor; tu espada admito, que de mi brazo vencedor es digna.

(D. Pedro toma la espada de Agenor y se va por la

puerta derecha. Muzaron desnuda la suya y se queda en el dintel de la misma puerta.)

ESCENA ÚLTIMA.

AB-DEL, ZORAIDA, AGENOR, MUZARON.

AB. Compadece, Zoraida, de tu padre el tormento cruel que martiriza sus últimos instantes!... Si el deseo de encumbrarte en el trono de Castilla ha sido mi ambición, al despedirme de este mundo falaz, solo se cifra en tu filial amor... Ven, y en mi frente un ósculo de paz tu labio imprima.

(Zoraida se compadece y da un paso hácia el. Agenor la detiene.)

ACE. Hija de Mahomet, rey de Granada, en ese monstruo á tu verdugo mira.

AB. Cristiano, ten piedad!... Oh!... Si pudiera leer, Zoraida, en mi alma arrepentida, el paternal amor en que rebosa, con tuerno y puro amor le pagaría!

ZOR. Señor, morid en paz; no os aborrezco!...

(Ab-del, haciendo un esfuerzo, se arroja, sosteniéndose en el sillón donde estaba sentado.)

AB. Gracias, Alá, te doy!.. Ven, hija mia!... Dejame al espirar tocar tu mano... Última gracia es, que de rodillas te suplica tu padre moribundo!...

(Se oyen repetidas voces de viva el Rey! viva D. Pedro! y una marcha triunfal de instrumentos bélicos se va oyendo cada vez mas cercana, sin terminar hasta que cae el telón.)

MUZ. Al fin triunfó D. Pedro!... Viva! viva!...

AB. Hay infierno mayor!... Hay mas tormentos!...

ZOR. No puedo mas, señor!...

(Pasa precipitadamente y se arroja. Ab-del apoya en su hombro la mano izquierda y saca el puñal con la derecha; pero al tiempo de amenazar á Zoraida, Agenor detiene el golpe, y Ab-del cae desplomado diciendo el último verso.)

AB. Hija maldita!...

ZOR. Agenor!... Agenor!...

ACE. Ven á mis brazos!...

ZOR. Tú eres mi salvador!...

ACE. Tú eres mi vida!

FIN.

MADRID.

IMPRESA DE M. ALVAREZ—ESFADA—O.

1861.

